

Antoine De Saint-Exupéry

UN SENTIDO DE LA VIDA

Los textos inéditos que componen este volumen, constituyen una verdadera revelación. La novedad que los caracteriza no está ni en la expresión ni en los temas; desde las primeras páginas, en efecto, Saint-Exupèry demuestra la plena posesión de su estilo y en todos sus escritos la inquietud por los mismos problemas humanos, que reside en los géneros literarios que representan, y a los que no nos tiene habituados. El mérito de Saint-Exupèry, tan grande como justificado, ha hecho descuidar las páginas agrupadas en este volumen, a pesar de lo cual, tienen la calidad de obras maestras. Todos estos textos, del más vivo interés e importancia, han sido compilados por el esfuerzo de Claude Reynal: *El aviador*, primeras líneas escritas por Saint-Exupèry; las crónicas sobre Rusia y sobre la guerra civil de España; ¿*La paz o la guerra*?, conmovedores editoriales escritos el día después de Munich, en octubre de 1938, a pedido especial de «París-Soir», en donde expresa su ansiedad por el porvenir y busca desesperadamente testimonios de fraternidad a través de luchas en las cuales adivina el preludio del caos general. *El piloto y las fuerzas naturales* es el relato de la lucha que Saint-Exupèry ha debido enfrentar contra los elementos desencadenados, en el transcurso de un vuelo de reconocimiento sobre la Patagonia. En esta obra se halla asimismo el prefacio al libro de Anne Morrow-Lindbergh: *Se levanta el viento*; Saint-Exupèry en sus prefacios, nos lleva como siempre a lo esencial. «¿Lo esencial? No se trata quizá ni de sus miserias; ni del peligro; sino de la finalidad a la que se dirigen».

Antoine de Saint-Exupéry

Un sentido de la vida

ePub r1.0
Titivillus 29-08-2021

Título original: *Un sens à la vie*
Antoine de Saint-Exupéry, 1956

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Es necesario dar un sentido a la vida del hombre

SAINT-EXUPÉRY *¿Paz o guerra?*

INTRODUCCIÓN

Los textos inéditos de este volumen han sido clasificados por orden cronológico y reproducidos íntegramente. Serán una auténtica revelación, ya que nos descubren facetas ignoradas de Saint-Exupéry: la de articulista, autor de editoriales y prefacios, periodista.

La obra se inicia con las primeras líneas que escribiera Saint-Exupéry. Son extractos de una narración, *L'Evasion de Jacques Bernis*, cuyo texto original se ha perdido. Jean Prévost, secretario de redacción del *Navire d'Argent*, revista dirigida por Adrienne Monnier publicó importantes fragmentos en el número de abril de 1926, bajo el título *El aviador*. Había quedado impresionado por el arte directo y el don de la verdad del debutante. Algunos pasajes son auténticas obras maestras. Saint-Exupéry se encuentra ya en plena posesión de su estilo.

Saint-Exupéry trabó conocimiento con Jean Prévost en casa de Yvonne de Lestrange, en diciembre de 1925. Ambos jóvenes eran de la misma edad. Jean Prévost fue muerto en el *maquis* de Vercors Justo al día siguiente de la desaparición de Saint-Exupéry.

Las páginas que siguen a dicha narración están consagradas a la relación de sus viajes a Rusia, publicados por *Paris-Soir*.

La partida de Saint-Exupcry hacia Moscú tuvo lugar después de una serie de conferencias que diera alrededor del Mediterráneo en compañía de los aviadores Jean-Marie Conty y André Prévost, a finales de abril de 1955.

Las páginas tituladas *Paz o guerra* fueron escritas al día siguiente del Pacto de Munich, en octubre de 1938, a petición de *Paris-Soir*. En ellas descubrimos la ansiedad de Saint-Exupéry por el futuro, su búsqueda desesperada de testimonios de fraternidad a través de las luchas que adivinaba serían el preludio de una conmoción general. André Malraux, en *L'Espoir*, expresa la misma angustia.

El capítulo *Es necesario dar un sentido a la vida del hombre*, tiene una profunda emotividad. Volvemos a encontrar el tema en la *Carta al general X*, el horror de Saint-Exupéry ante la guerra y su tristeza de vivir en una época que transforma al hombre en robot, robándole incluso el tiempo de pensar. Algunas de sus ideas aparecerán de nuevo en *Citadelle*.

Al ser nombrado Saint-Exupéry, en octubre de 1929, director de la «Aeroposta Argentina», filial de la «Compagnie genérale aéropostale», hubo de desbrozar determinadas rutas de líneas aéreas. Al igual que Guillaumet o Mermoz, él mismo realizó los vuelos de reconocimiento. Precisamente, en el curso de uno de ellos, mientras sobrevolaba la Patagonia, tuvo que afrontar un ciclón. En agosto de 1939, el semanario *Marianne* dedicó una página entera a esa lucha, bajo el título *El piloto y las fuerzas naturales*. Se ha comparado a menudo dicha narración con *Tifón, de* Contad (al que, por otra parte, alude Sain-Exupéry) en su intento de explicar la incapacidad del hombre para comunicar un drama cuyo exacto alcance le ha sido imposible captar en el momento preciso por razón misma de la acción, pero cuyo recuerdo hace revivir con absoluta precisión. Este libro contiene también la *Carta a los franceses* y la *Carta al general X*. La primera fue escrita, apresuradamente, el día que siguió al desembarco anglo-americano en África del Norte, cuando los alemanes penetraron por la zona Sur. Se trata de una exhortación a la unión, tan necesaria, de todos los franceses. Esa llamada, publicada en el *Canadá* de Montreal, traducida al inglés por el *New York Times Magazine* y reproducida por los periódicos de África del Norte, fue difundida por todas las emisoras americanas de lengua francesa. Sirvió de inspiración al último capítulo de la *Lettre à un otage*[1] y trae a la memoria el final de *Piloto de guerra*: «Los vencidos deben callar. Al igual que las larvas».

La *Carta al general X* es más conocida. La escribió en Julio de 1943 en La Marsa, cerca de Túnez. En ella Saint-Exupéry, como en *¿Paz o guerra?* cavila sobre el sentido de la vida de los hombres.

Al final de este volumen se han reunido los prefacios a dos libros y a un número de *Document*, consagrado a los pilotos de pruebas. En este genera Saint-Exupéry nos conduce, como siempre, a lo esencial:

«¿Lo esencial? Tal vez no consista en las profundas satisfacciones del oficio, ni en sus vicisitudes, como tampoco en el peligro, sino en el punto de vista al cual ellos mismos conducen».

En esta obra reconfortante, en la que Saint-Exupéry aborda, de forma ocasional, pero con maestría, géneros literarios a los que no está acostumbrado, alcanzamos de golpe el punto de vista del pensador activo que quiere dar un sentido a la vida del hombre.

CLAUDE REYNAL

EL AVIADOR

(Véase «Le Navire d’Argent». Abril de 1926).

Estas páginas han sido extractadas de una narración de Saint-Exupéry. «L'Évasión de Jacques Bernis», que Jean Prévost se vio obligado a abreviar por falta de espacio. El texto íntegro manuscrito se ha perdido.

Jean Prévost, que fue muerto en el Vercors, al día siguiente de que muriera Saint-Exupéry, había redactado esta nota a continuación de «El Aviador».

«Saint-Exupéry es un especialista de la aviación y de la construcción mecánica. Le conocí en casa de unos amigos y admiraba profundamente la fuerza e ingeniosidad con que describía sus impresiones. Entonces supe que las había anotado y deseé vivamente leerlas. Creo que había perdido su narración y luego la reconstituyó de memoria (antes de escribir nada lo compone todo en su cerebro) incorporándola al escrito del que acaban de leer algunos fragmentos. Este arte directo y cite don de la verdad me parecen sorprendentes en un debutante. Creo que Saint-Exupéry prepara otras narraciones».

LAS pesadas ruedas aplastan los calzos.

La hierba, batida por el viento de la hélice, parece deslizarse hacia atrás, hasta unos veinte metros. El piloto, con un movimiento del puño, desencadena o domina la tempestad.

Ahora el ruido se expande en compases repetidos hasta convertirse en un conjunto denso, casi sólido, en el que el cuerpo se encuentra como prisionero.

Cuando el piloto se siente colmado de todo cuanto en él hay de insatisfecho, piensa: «Está bien». Luego, con el dorso de los dedos roza la carlinga. No se percibe una sola vibración. Pero a él le quita esa energía tan condensada.

Se asoma: «Adiós, amigos…». Se perfilan sombras inmensas para esa despedida al amanecer. Pero, en el umbral de ese salto de más de tres mil kilómetros, el piloto ya se encuentra lejos de ellos… Contempla el capó negro apoyado contra el cielo, a contraluz, semejante a un mortero. Tras la hélice tiembla un paisaje envuelto en gasas.

El motor aún gira sin violencia. Se deshacen los apretones de manos como si fuesen amarras, las últimas. Reina un extraño silencio mientras se ajusta el cinturón y las dos correas del paracaídas, y también al adaptar la carlinga a su cuerpo con un movimiento de los hombros y del busto. Es el momento exacto de la partida: ya se encuentra en otro mundo. Una última ojeada al tablero, horizonte de esferas, estrecho pero expresivo (se sitúa cuidadosamente el altímetro a cero), una mirada final a las alas, macizas y cortas, un moví miento de cabeza; «Todo en orden…». Ya está libre.

Después de rodar lentamente contra el viento, tira de la manija de los gases: el motor embraga, semejante a una descarga de pólvora. El avión se lanza, impulsado por la hélice. Los primeros saltos quedan amortiguados en el aire elástico y el piloto, que mide su velocidad por las reacciones de los mandos, se propaga en ellas, se siente crecer.

El suelo parece que se distiende al deslizarse bajo las ruedas, como una correa. Habiendo logrado, al fin calibrar el aire, al principio impalpable, luego fluido, después sólido, el piloto se eleva apoyándose en él.

Los hangares qué bordean la pista, los árboles y luego las colinas, descubren el horizonte y se ocultan. Todavía a doscientos metros se divisa una majada de apariencia infantil con árboles tiesos y casitas pintadas, bosques que se ofrecen todavía espesos, como un manto. Poco después el suelo queda desnudo.

La atmósfera está encrespada. La forman oleadas cortas y duras contra las que se obstina el avión, encabritándose. Los remolinos golpean en las alas y todo el aparato retumba. Pero el piloto lo domina como quien sostiene una balanza por el eje.

A tres mil metros sobreviene la calma. El sol se refleja en la arboladura, libre ya de remolinos. La tierra; tan lejana, parece inmóvil. El piloto regula las aletas, el corrector de aire y, con rumbo a París, calcula su deriva. Luego se sume en una especie de sopor durante diez horas. Tan sólo se mueve en el tiempo.

Las olas despliegan, inmóviles, un inmenso abanico sobre el mar.

El sol ha doblado, al fin, el árbol de la nave.

Un malestar físico asalta al piloto. Mira. La aguja del contador de revoluciones oscila. Debajo el mar. De repente, un ronquido sordo del motor perfora violentamente su conciencia. Manipula sin reflexionar la manija de los gases. Nada… simplemente una gota de agua. Sitúa de nuevo el motor en el estado que le satisfacía. A no ser por un sudor frío creería no haber sentido miedo.

Poco a poco vuelve a encontrar la inclinación de la espalda, el punto de apoyo exacto del codo que era necesario para su tranquilidad.

Ahora el sol se desploma sobre él. La fatiga es buena en absoluta quietud, cuando uno despierta el entumecimiento de los músculos, cuando los mandos tan sólo exigen gestos suaves.

La presión del aceite desciende y vuelve a subir. ¿Qué pasara ahí dentro?

El motor vibra. El muy sinvergüenza… El sol ha girado hacia la izquierda y empieza ya a enrojecer.

El ruido del motor es metálico. No… no se trata de una biela, ¿Tal vez de la distribución?…

El tornillo de la palanca de los gases se ha distendido. Es necesario sujetarla con la mano. ¡Que fastidio!

Después de todo, tal vez sea una biela.

En el ahogo, en el castañeteo de los dientes, en el color gris de los cabellos, se percibe que todo el cuerpo ha envejecido al unísono.

Con tal de que resista hasta tomar tierra…

La tierra es tranquilizadora, con sus campos bien recortados, sus bosques geométricos y sus pueblos. El piloto bucea para saborearla mejor. Desde arriba la tierra parecía desnuda y muerta… El avión desciende y de pronto se reviste. De nuevo la cubren los bosques. Los valles, los ribazos, imprimen en ella un oleaje. Se la nota respirar. Sobrevuela una montaña, semejante a un tórax de gigante tumbado, que se dilata hasta casi alcanzarle. Un jardín, hacia el que enfila su capó, extiende sus macizos, se abre a escala del hombre.

«¡Mi motor eclipsa al trueno!». ¿Que oía algunos ruidos? Ya no se acuerda. Tan cerca del suelo se siente el palpitar de la vida.

Abraza las curvas de las llanuras. Se aproxima como a un laminador, afilándose. Atrae hacia sí los campos como si fueran sabanas, dejándolos luego a su espalda. Roza los álamos para escapar en seguida con un bandazo y, a veces, se aparta de la tierra semejante al luchador que quiere recobrar el aliento.

Ahora enfila hacia el puerto, en vuelo rasante sobre las vidrieras de los talleres, ya alumbrados; en vuelo rasante sobre los parques, ya envueltos en

sombras. El suelo despliega allá abajo, como un torrente, tejados, muros y árboles surgidos del inextinguible horizonte.

El aterrizaje decepciona. La torrentera del viento, el rugido del motor y la violencia del ultimo viraje se han trocado por un país silencioso y asfixiante, de un paisaje turístico con hangares muy blancos, cubierto de césped muy verde y álamos bien recortados, en donde descienden jóvenes inglesas, una raqueta bajo el brazo, de los aviones azules París-Londres.

Se desliza a lo largo de la pegajosa carlinga. Se precipitan hacia él. «¡Espléndido! ¡Realmente espléndido!». Los oficiales, los amigos, los papanatas. De repente, la fatiga le oprime los hombros. «¡Te secuestramos…!». Baja la frente, contempla sus manos relucientes de aceite y se siente desilusionado, mortalmente triste.

Ya es tan sólo Jacques Bernis, enfundado en un chaquetón que huele a alcanfor. Se mueve dentro de un cuerpo entumecido, desmañado. Sus maletines, en exceso bien ordenados en un rincón del cuarto, revelan su carácter inestable, provisional. A esta habitación todavía no han llegado la ropa blanca, los libros.

«¡Hola! ¿Eres tú?». Hace de nuevo el censo de sus amistades. Hay exclamaciones, le felicitan. «¿Un superviviente? ¡Bravo! Bueno… sí. ¿Cuándo nos vemos?». Hoy precisamente no estoy libre. ¿Mañana, quizá? Mañana voy a jugar al golf, pero puedes venir también, ¿No quieres? Entonces, pasado mañana cenaremos juntos. A las ocho en punto.

Bernis va de nuevo por los bulevares. Le parece que lucha contra la multitud, como si ésta fuera una corriente. Le parece afrontar todos los rostros. Algunos le hacen daño, como si se tratara de la Imagen viva del reposo. Con la conquista de esa mujer, la vida recobrarla su calma… su calma… Ciertos rostros masculinos indican cobardía y entonces uno se siente fuerte.

Entra, reacio, en un *dancing*, conservando entre los *gigolos* su grueso abrigo, semejante a la vestimenta de un explorador. Ellos viven su noche en ese recinto como prisioneros de un acuario: dicen un madrigal, bailan, vuelven a beber. En este ambiente desvaído donde tan sólo él conserva la razón, Bernis se siente pesado como un zafio, nota sus piernas envaradas. Sus pensamientos carecen de halo. Avanza entre las mesas hacia una plaza libre. Los ojos de las mujeres, cuyas miradas rozan con la suya, se desvían, se apagan quizá. Los jóvenes se apartan, flexibles, para dejarle paso. Como en las rondas nocturnas: a medida que él avanza caen los cigarrillos da los dedos de los centinelas.

Destinado para la formación de alumnos pilotos desayuna esa mañana en la única venta que está cerca del campo. Algunos suboficiales beben café y charlan. Bernis los escucha.

«Desempeñan un oficio. Me son simpáticos estos hombres».

Hablan de la pista que parece ser demasiado fangosa, de las indemnizaciones por escalas. Luego, de la última aventura de cada uno. «A cien metros una biela en el cárter… ¡Vaya celada! Ni el menor vestigio de campo. Por detrás el corralón de una granja. Me preparo para un deslizamiento, me enderezo y entro como una bola en el estercolero». Ríen. «Como aquella vez —cuenta un suboficial— que embestí un montón de heno. Busco a mi pasajero, nada menos que un teniente. Ni rastro. Por fin, lo encontré sentado detrás, encima del heno».

Bernis piensa: «Otros perdieron el pellejo, pero para ellos son tan sólo gajes del oficio. Me gustan sus, relatos, escuetos como informes. Siento simpatía por estos hombres. No es que tenga espíritu de familia, pero entre ellos resulta fácil ser sencillo».

—Cuéntanos tus impresiones —dicen las mujeres.

«¿Usted es el alumno Pichon?». «Sí». «¿Todavía no ha volado?». «No».

Estupendo. Así no tendrá ideas preconcebidas. Los antiguos observadores creen saberlo todo, son prisioneros de las fórmulas: «Mano izquierda, pie contrario…». Son alumnos sin flexibilidad.

«Le llevo conmigo. Durante la primera vuelta se limitará a observar».

El mecánico de turno en la sección de aviones-escuela bracea la hélice con parsimonia. Todavía tiene que aguantar seis meses y ocho días. Incluso esta misma mañana lo ha garrapateado en la pared del *water*. Según sus cálculos eso representa alrededor da diez mil vueltas de hélice. Nada podrá evitarlo. Así que…

El alumno contempla el cielo azul, los árboles sin alma, un rebaño de vacas que ramonean junio a la pista. Su instructor frota con la manga la manija de los gases. Da gusto verla brillar. El mecánico cuenta las vueltas. ¡Cuánta energía perdida! Ya ha llegado a veintidós. «Podías limpiar las bujías». La sugerencia dará ocasión al mecánico para reflexionar.

Un motor arranca si quiere. Vale más dejarlo libre. Treinta, treinta y una… el motor arranca.

Al alumno ya no le dicen nada las palabras heroísmo, peligro, embriaguez del aire.

El avión vuela. El alumno cree que todavía se encuentra en el suelo cuando vislumbra debajo los hangares. Un viento duro le azota las mejillas.

Fija la mirada en la espalda del instructor.

¡Santo Dios! ¿Qué pasa? Están bajando. La tierra gira a derecha, a izquierda. El alumno se agarra. ¿Dónde está el campo? Tan sólo ve bosques que giran, que se acercan. Una vía de ferrocarril suspendida verticalmente, el cielo… y, de repente, el campo ante ellos, horizontal, apacible, a ras de ruedas. El alumno siente el contacto de la hierba. El viento disminuye, ya está… el instructor se vuelve hacia él y ríe. El alumno trata de comprender. Bernis le instruye; «Si ocurre algo anormal, hay tres principios elementales. Primero, corta. Segundo, quítate las gafas. Tercero, agárrate. Únicamente en caso de incendio debes lanzarte. ¿Comprendido?». «Comprendido».

Estas eran, al fin, las palabras que esperaba al alumno, aquellas que materializan el peligro y lo hacen digno. A un civil se le diría: «No hay nada que temer». Pichon, depositario de semejante secreto, se siente orgulloso. «Además —termina el instructor—, la aviación no ofrece peligro».

Esperan a Mortier. Bernis llena su pipa. Un mecánico, sentado sobre un bidón, con la cabeza entre las manos, contempla sorprendido cómo su pie izquierdo lleva el compás.

—Oiga, Bernis, el tiempo se está cerrando.

El mecánico levanta la vista y observa el horizonte ya borroso. Se perfilan dos o tres árboles, pero la bruma comienza a coronarlos. Bernis, sin alzar la mirada, continúa llenando su pipa.

—Ya lo sé. Y me preocupa.

Mortier va a obtener su diploma y ya debía haber aterrizado.

—Bernis debería telefonear a allá abajo.

—Ya se ha hecho. Ha despegado a las cuatro veinte.

—Y desde entonces, ¿ninguna noticia?

—Sin noticias.

El coronel se aleja.

Bernis, apoyando los puños en las caderas, contempla con desafío la bruma que se filtra suavemente cómo una red que acosa al alumno. Dios sabe dónde, contra la tierra. «Y Mortier que no tiene sangre fría, que pilota como un asno… ¡Es mala suerte!». «Oye…». Nada, es un coche

«Mortier, si logras salir de ésta te prometo…, que yo… que te daré un abrazo».

«¡Bernis…! al teléfono».

«Hola… ¿Quién es el imbécil que afeita los tejados de Donazelle? Es un imbécil que está a punto de matarse. Déjalo en paz y si quieres hacer algo,

trágate la niebla. Pero oye… Id a buscarlo con una escala». Bernis cuelga. Mortier, que se ha perdido, intenta encontrar un punto de referencia.

La niebla cede como una bóveda blanca. Ya no se distingue nada a diez metros.

«Ve a decir a los enfermeros que preparen la furgoneta. Si no están aquí en cinco minutos les echo quince días de arresto».

«¡Aquí está!». Todo el mundo se ha levantado. Se abalanza sobre ellos, invisible y ciego. El coronel se les ha unido. «¡Santo Dios, una y mil veces!». Bernis murmura infatigable entre dientes: «Corta, pero corta ya el contacto…, corta, pero corta ya… ¡no puedes evitar el golpe!».

No debió ver el obstáculo hasta encontrarse a diez metros de él, pero nadie lo supo jamás a ciencia cierta.

Corren hacia el avión destrozado. Han acudido soldados atraídos por ese accidente imprevisto, suboficiales que muestran un celo excesivo, oficiales a quienes, de repente, molesta su autoridad. Allí está el oficial de guardia que, aun sin haber visto nada, lo explica todo. Allí está el coronel que se preocupa demasiado, porque le corresponde el papel ingrato de padre.

Por fin se ha logrado sacar al piloto. Tiene el rostro verdoso, el ojo izquierdo enorme, los dientes rotos. Le tienden sobre la hierba y se forma un círculo alrededor. «Tal vez se podría…», dice el coronel. «Tal vez se podría…» repite un teniente. Y un suboficial desabrocha el cuello del herido, gesto que no puede hacerle daño y que calma las conciencias. «¿Y la ambulancia? ¿Y la ambulancia?», sigue preguntando el coronel que, por rutina, trata de tomar una decisión. Le responden «Ye llega», aunque en realidad no lo sepan, pero sirve para calmarle. Después exclama: «A propósito…», y se aleja con paso rápido, aunque sin rumbo fijo.

Sin embargo, la situación molesta a Bernis. Ese círculo alrededor del herido le perece incluso indecente; «Veamos, muchachos… despejad… despejad…». Y se alejan en grupos, en la bruma, a través de los huertos y vergeles donde el avión, prosaico, ha capotado.

El alumno piloto ha comprendido algo, Se muere y eso no produce demasiado ruido. Se siente casi orgulloso de esa intimidad con la muerte. Vuelve a su mente el primer vuelo con Bernis, su decepción ante un paisaje tan monótono, ante esa calma. No descubría su presencia. Ella estaba allí, pero con sencillez, sin énfasis alguno, detrás de la sonrisa de Bernis y de la inercia del mecánico, detrás del primer plano de ese sol, de ese cielo azul. Ha cogido a Bernis por el brazo: «Sabe… mañana volaré. No tengo miedo». Pero Bernis se resiste a expresar admiración, «Naturalmente. Mañana hará sus

espirales». Pichon comprende algo más: «No parecían muy impresionados, pero para no hacer frases… Es un accidente de trabajo», contestaba Bernis.

Bernis se embriaga.

Ese monoplaza de caza es más rápido que el trueno.

El suelo bajo él es feo. Una tierra tan vista, tan usada; remendaba hasta el infinito. Es como un conjunto de lotes.

Cuatro mil trescientos metros, Bernis está solo. Contempla ese mundo acanalado semejante a una Europa de atlas. Las tierras amarillas por el trigo o rojas por el trébol, que son el orgullo y la preocupación de los hombres, se yuxtaponen hostiles. Diez siglos de luchas, de envidias, de procesos, han estabilizado cada contorno. ¡La felicidad del hombre está perfectamente delimitada!

Bernis piensa que no deben obtener su embriaguez de los sueños que arrullan y animan, sino que es necesario lograrla con su esfuerzo: lo mide.

Toma velocidad, reserva energía, da toda la fuerza. Después, tira de la palanca lentamente hacia sí. El horizonte oscila, la tierra se retira como si fuera una marea, el avión se funde rectamente con el cielo. Luego, en el vértice de la parábola, gira sobre sí mismo y, con el vientre hacia arriba, semejante a un pez muerto, vacila…

El piloto, sofocado en el cielo, contempla sobre su cabeza cómo la tierra se extiende semejante a una playa, pero después, frente a él, como se desploma… vertiginosa. Corta, La tierra se inmoviliza recta como un muro. El avión cae en picado. Bernis lo sirga suavemente hasta volver a encontrar el lago tranquilo del horizonte.

Unos virajes le aplastan contra el asiento. Se siente ligero, ligero como un balón a punto de estallar. Un flujo hace desaparecer el horizonte y lo trae de nuevo, el motor flexible gruñe, se apacigua, vuelve a gruñir…

Un crujido seco. ¡El ala izquierda! El piloto, cogido de sorpresa, cree tropezar con una zancadilla. El aire se ha escapado bajo sus alas. El avión se dispara, entra en barrena.

El horizonte pasa de un golpe sobre su cabeza, como una sábana. La tierra le envuelve y gira enloquecida arrastrando consigo sus bosques, sus campanarios, sus llanuras… El piloto todavía descubre, como lanzada por una honda, una vida blanca. La tierra se presenta como el mar al nadador para el piloto asesinado.

REPORTAJES

MOSCÚ

El viaje de Saint-Exupéry a Rusia tuvo lugar en abril y mayo de 1935, después de su gira por el Mediterráneo con Conty y Prévost y antes de su partida para el trágico raid París-Saigon sobre Simoun.

Saint-Exupéry llegó a Moscú el 29 de abril. En las últimas páginas de «Tierra de hombres» figuran los recuerdos de ese viaje: Mozart asesinado.

Véase «Paris-Soir» de 3, 14, 16, 19, 20 y 22 de mayo de 1935.

BAJO EL RUGIDO DE MIL AVIONES TODO MOSCÚ HA CELEBRADO LA FIESTA DE LA REVOLUCIÓN

Anteayer por la tarde, víspera del 1 de mayo, asistí en las calles, durante ciertas horas de la noche, a la preparación de la enorme fiesta.

Toda la ciudad se había convertido en un taller. Unos equipos adornaban los monumentos con luces, banderines y colgaduras de color escarlata. Otros situaban los proyectores. Y aún otros, en la Plaza Roja, alrededor de volquetes de asfalto preparaban, en la noche, sectores completos de calzadas. Toda la calle estaba animada por ese fervor especial del trabajo nocturno que parece un juego, una danza densa y silenciosa alrededor de las fogatas. Y las colgaduras rojas, sobre las casas, ciñéndolas desde el tejado a la base, estaban tan ampliamente desplegadas que el viento jugaba con ellas como si fueran velas, hinchándolas y mezclando a estos preparativos de fiesta una especie de sabor a regatas, dando a esta ciudad como un calor de partida, de viaje y de horizonte libre.

Hombres y mujeres se detenían a contemplar los trabajos. Esos mismos hombres y mujeres al día siguiente irían a desfilar ante Stalin en nombre de cuatro millones de personas, y la ciudad entera le rendiría homenaje.

Y mientras izaban sobre un muro unos carteles altos como monumentos donde se recortaba, pintado a golpes de hacha sobre un fondo de fábricas, un rastro de capataz vigoroso, me fui lentamente a dar una vuelta por el Kremlin, que, tal vez, estaba dormido o, posiblemente, se hacían otros preparativos.

—¡Circulen…!

Un servicio de orden vela, noche y día, en el lugar donde reposa el maestro. Está prohibido pasearse a lo largo de esas murallas. ¡Qué protección alrededor de ese hombre!

No solamente esas murallas y esos centinelas protegen un lugar amurallado en una ciudad semejante a cualquier otra, sino que también, en el corazón del Kremlin, entre las construcciones en negro y oro y las murallas que lo circundan, se extienden zonas de césped inclinadas como trampas: Alrededor de Stalin existe un terreno desértico y silencioso donde ningún hombre podría deslizarse sin que su paso resultara de una evidencia avasalladora.

Podría incluso pensarse que no existe, hasta tal punto es invisible su presencia.

Sin embargo, el hombre que reposo ahí, protegido por su guardia, por esos céspedes y esas murallas anima a Rusia con su presencia invisible, actúa sobre ella como un fermento, como una levadura. Ya que, aunque no se vea al hombre, su imagen se multiplica en el exterior, por las calles de Moscú, en más de cien mil ejemplares. No existe un escaparate, un restaurante, un teatro donde no esté expuesta. Reina también en todos los muros. Y creo adivinar algo de la historia de esta prodigiosa popularidad.

A mí me parece que, en primer lugar, surgió para el pueblo ruso cómo una especie de opresor con métodos despiadados. En aquel entonces Stalin pesaba sobre Rusia y los hombres trataban de huir al extranjero. O robaban. O hacían comercio ilícito, Pero Stalin encerró a los hombres en su hambre bajo la consigna: «Quedaos aquí y construir… El hambre y la miseria son enemigos a los que se vence sin ceder terreno, transportando piedras, cavando el suelo…». Así condujo a ese pueblo hacia una tierra prometida y esa tierra prometida la hacía él surgir en lugar de la antigua tierra devastada, en sustitución de un éxodo hacia tierras fértiles o de espejismos de aventuras. Curioso poder. Stalin decretó un buen día que el hombre digno de tal nombre no debía abandonarse y que los rostros sin afeitar eran signo de relajación. Al día siguiente del decreto, los capataces en las fábricas, los jefes de sección en los almacenes, los profesores en las facultades negaban el trabajo a todo aquel

que se presentara con barba incipiente. —No he tenido tiempo— decía el alumno.

—Un buen alumno —respondía el profesor— siempre encuentra tiempo para honrar a su maestro.

Así Stalin, de la noche a la mañana, hacía el regalo a Rusia de unos rostros frescos y rejuvenecidos y sacaba de golpe a ese país de su mugre.

Y ésa fue la consigna, pero en qué extremo sugestiva. En las calles de Moscú no he visto a un solo sargento, un soldado, un camarero, un transeúnte que no apareciera meticulosamente afeitado.

Y se tiene la impresión de que el anillo mágico del plan, cuando roce la vestimenta de la ciudad, iluminará de golpe las calles de Moscú, donde los cascos y las indumentarias de trabajo ponen todavía una nota gris y triste. Y casi no resulta paradójico imaginar el día en que Stalin, desde el fondo de su Kremlin, decrete que un buen proletario que se respete debe vestirse de etiqueta por la noche. Cuando llegue ese día Rusia cenará con *smoking*.

Así era el hombre invisible que dormía en el Kremlin y que, al día siguiente, aparecería ante la multitud.

Llegué a aprender en mí mismo que no se puede sacar impunemente a un dios de su tabernáculo, porque no había podido conseguir sitio como espectador en la Plaza Roja. Hubiese debido llegar antes a Moscú, ya que cada solicitud daba lugar a una larga investigación individual, a una selección estricta. No tenía tiempo de poner en marcha a toda la maquinaria administrativa. Nada se logró a través de le Embajada, de mis amigos o de mis esfuerzos. En el radio de un kilómetro alrededor de Stalin, no podía circular nadie cuyos antecedentes y situación civil no hubiesen sido comprobados, vueltos a comprobar y, para mayor seguridad, comprobados por tercera vez.

Cuando al amanecer del 1 de mayo quise salir para airearme, encontré la puerta herméticamente cerrada, y se limitaron a anunciarme que no se abriría hasta las cinco de la tarde. Aquellos que no poseían la correspondiente tarjeta estaban prisioneros.

Erraba pues, melancólico, por el hotel, cuando llegó hasta mí un ruido de tormenta. Eran los aviones. Mil aviones en marcha sobre Moscú es algo que hace retemblar el suelo. Sentía sin verla el peso de esa mano de hierro que pesaba sobre la ciudad. Me decidí a intentar de nuevo la salida y lo logré por procedimientos fraudulentos.

Primero desemboqué en una calle desierta, ya que todas las calles de Moscú se encontraban vacías de su sustancia. Únicamente los niños jugaban

en la calzada. Alzando la vista contemplé el triángulo de acero de las escuadrillas que penetraban dentro de mi estrecho sector visual, dirigiéndose de un punto a otro. El orden rígido de los grupos de aviones, daba a cada formación la coherencia de una herramienta. La lenta progresión de esas masas negras, ese rugido sordo, solemne, inextinguible de mil aviones, todo ello constituía un espectáculo tan opresivo que nadie hubiera logrado sustraerse a esa impresión de dominio. Y como no cejaban de pasar me apoyé contra el muro, levanté la cabeza y los contemplé durante algunos minutos, descubriendo que si una escuadrilla vuela, en cambio mil aviones pasan como una apisonadora.

Después de recorrer algunas calles desiertas, de no poder pasar a través de algunos cordones de policías, alcancé una calle rebosante de vida, una de las que habían elegido los manifestantes para dirigirse a la Plaza Roja. En varios kilómetros estaba llena. La multitud avanzaba lenta e inexorablemente, como lava negra. El desfile de un pueblo entero, o el de mil aviones, tiene algo de inhumano, como lo es la unanimidad en un jurado. Y ese deslizamiento de vestimentas negras y oscuras pese al colorido de los banderines rojos, esa marcha lenta y casi ciega de su fuerza, resultaba tal vez más imponente que el desfile de soldados, pues éstos desempeñan un oficio y una vez terminado vuelven a individualizarse. Sin embargo, esos otros estaban dominados hasta la raíz, en sus trajes de trabajo, en su carne, en su pensamiento. Y yo los veía avanzar cuando el tropel se quedó inmóvil.

La pausa duró largo tiempo. Algunas otras calles habían de abrirse sobre la Plaza Roja como una esclusa y aquí esperaban, esperaban sin descanso bajo el frío glacial, pues la víspera había vuelto a nevar.

Y de repente se produjo una especie de milagro. Ese milagro fue la vuelta a lo humano, la división de esa unidad en individuos vivientes.

Se elevaron compases de acordeón. Los orfeones, confundidos con la multitud para desfilar con todos sus instrumentos formaron círculos y tocaron también. Y toda esa multitud, poco a poco, en parte para calentarse y en parte para distraerse o para celebrar el día de fiesta, iban entrando en la danza. Y esas decenas de millares de hombres y mujeres, en el umbral de la Plaza Roja, con el rostro repentinamente deshelado danzaban en corro con una amplia sonrisa en los labios. Y la calle, en toda su longitud, adquirió de golpe una apariencia bonachona, familiar, como se celebra una noche de 14 de julio en un arrabal de París.

Un desconocido se acercó a mí, me ofreció un cigarrillo; otro me dio fuego… La multitud era feliz. De súbito se produjo una sacudida, los orfeones

recogieron sus instrumentos, se irguieron las oriflamas, volvieron a formarse las filas. El jefe de un grupo rozó ligeramente con su bastón la cabeza de una manifestante para que se colocase en su sitio. Ese fue el último gesto individual; el último ademán familiar. Volvía a imponerse la gravedad, se iniciaba de nuevo la marcha hacia la Plaza Roja. La multitud volvía a deshumanizarse. Iba a comparecer ante Stalin.

* * *

HACIA LA URSS

POR LA NOCHE, EN UN TREN DONDE, ENTRE MINEROS POLACOS REPARTRIADOS, MOZART DORMÍA… LOS PEQUEÑOS PRÍNCIPES DE LEYENDA NO ERAN DIFERENTES A ÉL

El otro día relaté el desarrollo del 1 de mayo en las calles de Moscú, adonde había llegado la víspera. De esa forma cedí a la actualidad. Pero hubiera debido contar antes mi viaje. El viaje es una especie de prefacio que nos permite comprender un país. La propia atmósfera del rápido internacional ya nos enseña tal vez algo. No se trata únicamente de un convoy en marcha, durante la noche, a través del campo, sino de un instrumento de penetración. Traía su camino rectilíneo en una Europa desgarrada por las inquietudes y la cólera. Y aunque en apariencia esa penetración no ofrezca dificultad, tal vez alguna señal secreta mostrará los desgarrones.

Es medianoche y, tumbado en mi cabina, bajo la luz pálida de la lámpara, me dejo al principio simplemente llevar. Repican los ejes de las ruedas. A través de los metales y de las maderas percibo el mensaje de esos batidos arteriales. Afuera, algo pasa. La calidad del sonido varía. Un puente o un muro nos rozan ruidosamente. Pero una estación, con sus amplias calzadas, restablece el silencio como un lecho de arena. Hasta entonces no sé nada más.

Centenares de viajeros duermen en los coches, arrastrados conmigo con la misma facilidad. ¿Sienten la inquietud, que yo siento? Tal vez no logre alcanzar lo que busco. No creo en el pintoresquismo. He viajado demasiado para no saber hasta qué punto puede engañarnos. Siempre que un espectáculo nos divierte y nos intriga es porque aún lo contemplamos desde el punto de vista del extranjero. Porque todavía no hemos llegado a comprender su

esencia. Ya que lo esencial de una costumbre, de un rito, de una regla de juego, es el gusto que dan a la vida, crean el sentido de la vida. Pero si ya poseen ese poder dejan de ser pintorescos, para devenir naturales y sencillos. Sin embargo cada uno de ellos adivina confusamente la naturaleza profunda del viaje. A todos se nos aparece, un poco, como una mujer que avanza hacia nosotros. Una mujer, perdida entre la multitud y que hay que descubrir. Una mujer que, al principio, no se diferencia en absoluto de las otras. Pero si abordásemos a mil mujeres, hubiéramos perdido nuestro tiempo tanteando, al no poder reconocer a la única vulnerable. Lo mismo ocurre con el viaje.

He querido conocer la pequeña patria que me ha servido de encierro durante tres días (prisionero en esos días del ruido de los guijarros que hace rodar la mar), y me he levantado.

Hacia la una de la madrugada he recorrido el tren en toda su longitud. Los coches-cama estaban vacíos. Los de primera se encontraban desiertos. Ello me hizo recordar esos hoteles de lujo de la Riviera que permanecieron abiertos, todo un invierno para un cliente único, último representante de una fauna desaparecida. Signo de una época amarga.

Pero los coches de tercera acogían a centenares de obreros polacos despedidos que volvían a su Polonia. Y seguí avanzando por los pasillos sorteando cuerpos. Me detenía para mirar. Percibía bajo las lámparas, de pie, en esos vagones unidos que se parecían todos a un barracón, invadido por un olor de cuartel, de comisaría, de toda una multitud confusa y agitada por las sacudidas del rápido. Todos ellos sumidos en pesadillas, de retomo a su miseria. Enormes cabezas rasuradas se agitaban sobre la madera de las banquetas. Hombres, mujeres, niños, todos se movían de izquierda a derecha como atacados por todos esos ruidos, por todo ese traqueteo que les amenazaba en su olvido. Ni siquiera encontraban la hospitalidad de un sueño tranquilo. Y me pareció que, de algún modo, hablan perdido la calidad humana, zarandeados de un extremo al otro de Europa por las corrientes económicas, arrancados o la pequeña casa del Norte, al minúsculo jardín, a las tres macetas de geranios que una vez contemplara en la ventana de los mineros polacos. Tan sólo habían recogido los utensilios de cocina, las colchas y las cortinas en paquetes mal envueltos y llenos de agujeros. Pero todo aquello que habían acariciado o que un día les encantara, todo lo que habían logrado reunir durante cuatro o cinco años de estancia en Francia, el gato, el perro, el geranio, todo eso se vieron obligados a abandonarlo, llevando tan sólo consigo sus baterías de cocina.

Un niño mamaba del seno de una madre que de puro fatigada parecía dormida. La vida se transmitía en el absurdo y en el desorden de ese viaje. Miré al padre. Un cráneo sólido y desnudo como una piedra. Un cuerpo doblado en incómodo sueño, aprisionado en la vestimenta de trabajo, llena de remiendos y de agujeros. El hombre semejaba un montón de arcilla. Como esos despojos, humanos que, desposeídos de toda forma humana, se derrumban por la noche en los bancos de los mercados. Y pensé:

El problema no reside en absoluto en esa miseria, esa suciedad ni siquiera en la fealdad. Pero este mismo hombre y esta misma mujer se conocieron un día. Y el hombre indudablemente ha sonreído a la mujer. Con toda seguridad le ha llevado flores después del trabajo. Tímido y desmañado tal vez temblara ante el pensamiento de que pudiese desdeñarle. Pero la mujer, por coquetería natural, segura de su encanto, gozaba en mantener la inquietud de su amante. Y él, que hoy ya no es otra cosa que una máquina que suda, sentía entonces en su corazón una deliciosa angustia. El misterio consiste en cómo puede haber llegado a convertirse en esa masa de arcilla. ¿Qué terrible molde ha dejado en él esa impresión semejante a una máquina de emplomar? Un ciervo, una gacela, cualquier animal envejecido conserva su gracia. ¿Por qué esta hermosa arcilla humana ha degenerado?

Y proseguí mi viaje entre esta gente cuyo sueño era inquieto como un lugar maldito. Flotaba un nudo vago formado por ronquidos sordos, quejas opacas y el restregar de las botas de quienes, doloridos de un costado, trataban de acomodarse sobre el otro… Y siempre, en sordina, ese inextinguible acompañamiento de los guijeros impulsados por la mar.

Me senté delante de una pareja. Entre el hombre y la mujer, el niño había logrado acomodarse a duras penas y dormía. Se dio la vuelta en sueños y su rostro se me apareció iluminado por la lámpara ¡Qué rostro más adorable! De esa pareja había nacido una especie de fruto dorado. ¡De esos cuerpos deformes había nacido ese conjunto de gracia y armonía! Inclinándose hacia esa frente tersa, hacia ese dulce gesto de los labios, me dije: «¡He aquí un rostro de músico, el de Mozart niño. He aquí una bella promesa de vida!». Los pequeños príncipes de las leyendas eran iguales a él. Protegido, rodeado, cultivado ¿qué hubiese podido llegar a ser? Cuando por mutación brota en los jardines una rosa nueva, todos los jardineros se exaltan. Se aísla a la rosa, se la cultiva, se la mima… Pero los hombres no tienen jardinero. A Mozart niño le marcará la máquina de emplomar al igual que a los otros. Mozart obtendrá las mayores alegrías de una música decadente en el ambiente fétido de los cafés-conciertos. Mozart está condenado.

Volví a mi vagón reflexionando:

«Esas gentes no sufren en absoluto por su suerte No es la caridad lo que me atormenta en este caso. Tampoco se trata de enternecerse ante una llaga que continuamente se abre. Los que la tienen ni siquiera la sienten. Es como si la herida no lo sufriese el individuo, sino la especie humana. Es ella la perjudicada No creo en lo piedad. Lo que me atormenta esta noche es el punto de visto del jardinero. Lo que me atormenta no es esa miseria en la cual, después de todo, se atrincheran como en la pereza. Generaciones de orientales viven envueltos en mugre y están contentos. Lo que me atormenta no se cura con panaceas populares. Lo que me atormenta no son esos agujeros, ni las jorobas, ni la fealdad. Contemplo un poco en cada uno de esos hombres, a Mozart asesinado». He llegado a mi departamento. El mozo de tren me aborda. Vacila con los bandazos secos bajo la lámpara. Me habla. Por la noche, en el tren, todas las voces parecen confiar secretos. Me pregunta a qué hora deseo que me despierte. No existe misterio aparente. Sin embargo, entre ese hombre helado y yo, siento todos los espacios vacíos que separan a los hombres. En las ciudades se olvida lo que es un hombre. Queda reducido meramente a su función: cartero, vendedor, vecino molesto. Es en el fondo del desierto donde se descubre mejor lo que es un hombre. En la época que sufrimos la avería del avión marchamos durante largo tiempo hacia el fortín de Noutchott. Se espera al hombre cuando empiezan a surgir los espejismos de la sed, Y tan sólo se encuentra a un viejo sargento, perdido en la arena durante meses y tan conmovido que se echa a llorar. Se llora también. Y se abre ante sí una noche inmensa durante la que cada uno cuenta toda su vida, hace donación al otro de todo ese peso de recuerdos en el que se descubren lazos humanos de parentesco. Dos hombres se han encontrado y se saludan con una dignidad de embajadores. El vagón-restaurante. He atravesado de nuevo para llegar hasta él todos los coches de los polacos. Con la llegada del día han sacudido el entumecimiento. Y ya ha quedado totalmente apagada la verdad de la noche. Han recuperado sus miembros, han limpiado las narices a sus vástagos y han reunido sus harapos. Contemplan el paisaje y bromean. Alguien canta. La tragedia se ha desvanecido. Comprendo que se pueda vivir en paz si se les considera tal como son. Sus pesadas manazas sólo servirían para cavar. No plantean problemas ya que, moldeados por su suerte sólo existen gracias a ella.

Podría alegrarme al verlos sacar apaciblemente su comida, envuelta en papeles grasientos y gozar de un placer nada complicado mientras contemplan el desfile de los campos. Me tranquilizaría pensando que no existen

problemas sociales. Son rostros compactos como bloques de piedra, Pero la magia nocturna me ha mostrado bajo la roca estéril a Mozart niño durmiendo.

El coche-restaurante atraviesa llanuras y bosques. Ya empiezan a aparecer las tierras pobres cuyas escuálidas florestas semejan pieles usadas. El vagón restaurante penetra en el corazón de Alemania. Hoy le pertenece. Los camareros circulan con la cortesía gélida de los grandes señores. ¿Por qué, bien sean alemanes, polacos o rusos, conservan hasta el fin ese aspecto señorial? ¿Por qué se descubre, cada vez que se sale de Francia, que en ella existe cierta relajación? ¿Por qué siempre reina en Francia esa atmósfera un poco vulgar de complacencia electoral? ¿Por qué los hombres se desinteresan de sus funciones y de todo lo social? ¿Por qué ese amodorramiento? Resultan simbólicas esas inauguraciones de provincias en las que algún ministro, a lo largo de un discurso que ni siquiera ha escrito, frente a la estatua de un oportunista oscuro a quien no ha conocido, lo colma de alabanzas, de las que ni la multitud ni él mismo creen una sola palabra. Se hace un juego que no compromete a nadie, una especie de juego bonachón, Y entretanto todos los pensamientos se concentran en el banquete.

Una vez atravesadas las fronteras se siente de súbito a los hombres integrarse en sus funciones. El camarero del coche-restaurante, impecablemente vestido, sirve también impecablemente. El ministro, en las inauguraciones, expone los puntos que pueden impresionar al hombre. Sus palabras van directamente al corazón y la pesada armadura de la policía cubre el levantamiento de la más insignificante estatua a causa del fuego subterráneo. El juego tiene un significado.

Sí, pero… y la dulzura de vivir, esa sensación de parentesco universal… Ese chófer de taxi que, por efecto mismo de su familiaridad, os permite introducir en su vida íntima; esa amabilidad del camarero de los cafés de la rue Royale que conocen medio París y todos sus secretos, que os logran los teléfonos más particulares y que, incluso, si llega el caso, os prestan cien francos. Que cuando se abren los primeros brotes de la primavera se dirigen a sus viejos clientes para que gocen con la buena cueva y les anuncian:

«¡Ahora sí que ha llegado la primavera!».

Todo es contradictorio. Lo trágico es tener que elegir o descubrir a dónde va la vida. Pienso en ello mientras escucho al alemán que tengo enfrente y que me está diciendo: «Francia y Alemania unidas serían las dueñas del mundo. ¿Por qué los franceses temen a Hitler, que es una barrera contra Rusia? Lo único que ha hecho ha sido devolver al pueblo sus cualidades

libertarias. Se trata de uno de esos gobernantes que construyen y cubren las ciudades de avenidas rectilíneas que llevan su nombre. Representa el orden».

Pero en la mesa de al lado unos españoles que como yo van a Rusia empiezan ya a entusiasmarse. Les oigo hablar de Stalin, Y del plan quinquenal. Y de la pujanza que está tomando ese país… ¡Cómo ha cambiado el paisaje! Una vez franqueada la frontera de Francia a nadie interesa ya la primavera. Pero tal vez se preocupen del destino del hombre.

* * *

¡MOSCÚ!
PERO ¿DONDE ESTÁ LA REVOLUCÍÓN?

A una media hora de la frontera rusa, nuestro rápido empieza a aminorar la marcha. Su impulso muere por sí mismo. He recogido mis maletas, pues vamos a cambiar de tren, y sueño con la frente apoyada contra la ventana del pasillo. No he llegado a conocer de Polonia más que su aire arenoso y los abetos negros. Siempre la recordaré como una gran playa un tanto amarga.

Cuanto más subimos hacia el Norte adquiere la luz más tonalidades. En los trópicos es clara, pero no da pinceladas. Hay luz y, bajo ella, objetos negros. El propio cielo es negro. Aquí, los objetos ya se animan y relucen. Esta noche, entre los abetos, tiene lugar una fiesta silenciosa y helada, ya que ese árbol triste es el que mejor toma la luz, como también al que los incendios se dirigen como el viento. Recuerdo mis bosques de las Landas que no urdían, pero volaban.

Y el tren se detiene con calma en un andén…

Aquí está ya Rusia: Niegoreloy.

Busco, impulsado por no sé qué idea preconcebida, las huellas de las ruinas. Este recinto de Aduanas hubiese podido ser una sala de fiestas. Amplia, aireada dorada. El buffet de la estación ofrece un aspecto todavía más inesperado, Una orquesta zíngara toca en sordina, entre plantas verdes, para los comensales que almuerzan en pequeñas mesas, La realidad se ajusta dificultosamente a mis expectaciones y comienzo a sentir desconfianza. Esto lo han construido para los extranjeros. Sí, tal vez. Pero también lo ha sido la aduana de Bellegarde, y presenta una gran semejanza con el patio de la prisión.

Sí, es posible que me hayan engañado, pero como por el momento no soy un juez sino un sencillo extranjero cuyo equipaje ha de ser examinado, me es imposible lamentar que lo hagan con limpieza. Sin embargo, mi vecino muestra cierto malhumor:

«Es evidente, están ustedes en su casa y no puedo impedirles que ensucien mi ropa…».

El aduanero le mira, pero en seguida reanuda su examen con indiferencia. Con una indiferencia tal que ni siquiera lo hace más severo. No se molesta en alardear de su poder. Y por esa misma razón, de repente, lo siento respaldado por ciento sesenta millones de hombres. Y con la fuerza de la solidez de Rusia. Mi vecino no puede luchar contra esa indiferencia. Su cólera se apaga rápidamente, como la de un ejército que es recibido por el silencio y la nieve. Entonces se calla.

Ahora, instalado ya en el tren de Moscú, trato de leer el paisaje en la noche. Heme aquí en el país del que no se puede hablar sin que se exciten las pasiones. Y del que, a causa de esas mismas pasiones y pese al hecho de que la URSS se encuentre tan próxima a nosotros, no se sabe nada. Se conoce mejor a China y bajo qué punto de vista hay que juzgarla. Sobre China no existen contradicciones. Pero si se quiere emitir un juicio sobre la URSS, se pasa, según el punto de vista, de la admiración a la hostilidad. Depende de quien coloca en primer lugar la creación del hombre o de quien prefiere el respeto al individuo.

Y sin embargo, todavía no se me ha planteado ningún problema. Y ese país me lo ha franqueado un aduanero amable. Y esa orquesta de zíngaros.

Y ese coche-restaurante con el *maître d’hotel* de más estilo y más auténtico del mundo.

Hace rato que ha amanecido y en el vagón reina ya la fiebre ligera de la llegada. El paisaje que desfila está ya cubierto de casas, Y esas casas se multiplican y se aprietan. Se organiza, centrándose, un sistema de carreteras. Algo se anuda en el paisaje, Es Moscú, instalada en el corazón de sus aledaños.

El tren vira y de repente se nos aparece la ciudad, toda entera, como un bloque. Y por encima de Moscú, ciento setenta y un aviones que se entrenan.

De esa forma, la primera imagen que recibo es la de una enorme colmena con su enjambre de abejas en plena actividad.

Georges Kessel está en la estación. Llamo a un mozo y ese mundo continúa despojándose de sus fantasmas. Ese mozo es semejante s todos los mozos. Coloca mis maletas en un taxi y yo lanzo una mirada mi alrededor

antes de subir a él. No veo otra cosa que una gran plaza con un fantástico pavimento por donde ruedan camiones ruidosos. Veo tranvías con remolque, como en Marsella y distingo la imagen inesperada y provincial, de una vendedora de helados ambulante rodeada de soldados y de niños.

Así poco a poco voy descubriendo lo ingenuo que he sido al creer en todos esos cuentos. He seguido una pista falsa. He oído señales misteriosas que no podían dárseme. Y he buscado, como un niño, las huellas de una revolución en la actitud de un portero o en la colocación de un escaparate. Durante dos horas de paseo se desvanecen todas esas ideas. No es aquí donde debe buscarse. Nada podrá asombrarme ya en el terreno de la vida cotidiana. Ni esas muchachas que nos dirán: «No está bien que una joven de Moscú vaya sola a un bar». O también: «En Moscú se besa la mano, pero no lo hacen bien en todos los medios sociales». No me extrañaré tampoco cuando unos amigos rusos cancelen un almuerzo porque su cocinera les ha pedido autorización para visitar a su madre enferma. Por mis propios errores descubro cuanto se ha tratado de desfigurar la experiencia rusa. Debe buscarse o la URSS de otro modo.

Sólo así se descubre cuan profundamente la Revolución ha labrado y cambiado ese suelo. Aun cuando el empedrador siga siendo el que empiedra las calles y el director de la fábrica quien manda en ella y no el pañolero.

Y no puede extrañarme que todavía necesite un día o dos para descubrir Moscú, No podía revelarte en el andén de una estación. Una ciudad no envía embajadores a los viajeros que le llegan. Tan sólo los presidentes de la República descubren el alma de la ciudad besando a una niña alsaciana y nunca se olvidan de mostrarse satisfechos en un discurso inesperado, mientras aprietan a la pequeña contra su corazón.

* * *

CRÍMENES Y CASTIGOS ANTE LA JUSTICIA SOVIÉTICA

En su despacho, me parecía que ese juez abordaba un punto de vista esencial. Lo aclaró, recogiendo una palabra que yo acababa de pronunciar:

—No se trata de castigar, sino de corregir —dijo. Hablaba en voz tan baja que me incliné para oírle, y sus manos modelaban con precaución una arcilla invisible. Fijando la mirada en la lejanía, me repitió:

—Es preciso corregir.

Y yo pensé, por fin un hombre que desconoce la cólera. No rinde a sus semejantes el homenaje de considerar que existen. Para él constituyen una maravillosa masa para modelar y ese juez desconoce lo mismo la ternura que la ira. Puede vislumbrarse la obra a través de la arcilla y sentir por ella un gran amor, pero la ternura sólo puede nacer del respeto hacia el individuo. La ternura hace su nido con todas las cosas pequeñas, con los gestos ridículos del rostro, con las manías particulares. Al perder un amigo, son sus defectos los que echamos de menos.

Ese juez no se permite juzgar. Es semejante al médico, a quien nada escandaliza. Si puede cura, pero como él está ante todo al servicio de la sociedad, si no puede curar fusila, Y ni el tartamudeo del condenado o la mueca de sus labios, ni siquiera el reumatismo que lo acerca tan humildemente a nosotros logran obtener su amnistía.

Y adivino ya que en esa actitud no existe el menor respeto hacia el individuo, pero sí enorme hacia el hombre, para aquel que se perpetúa a través de los individuos y cuya grandeza se trata de edificar.

«Aquí no significa nada la palabra culpable», pensé.

Ahora comprendo la razón de que el código ruso, si bien admite ampliamente la pena de muerte, no concibe castigo alguno cuya duración exceda de los diez años y autoriza todas las reducciones posibles a esta última pena. El disidente, si ha de llegar a aliarse, lo hará antes de diez años. Entonces ¿para qué sirve prolongar un castigo que ya no tiene objeto? Si un jefe árabe cambia de ley, se le trata como a «un igual». Es el propio concepto del castigo el que ya no tiene sentido en la URSS.

En nuestro mundo se dice que un condenado paga su deuda y que cada año de expiación salda una cuenta invisible. Esa cuenta puede conducir, incluso, hasta la insolvencia. Se niega a ese condenado el derecho a convertirse de nuevo en hombre. Y el presidiario de cincuenta años sigue pagando por el muchacho de veinte que mató en un instante de cólera. El juez prosigue hablando como ensimismado:

—Si se trata de asustar, si se multiplican los delitos comunes, si el fin es cortar una epidemia, entonces los castigos son más severos. Cuando un ejército se disgrega, se hace un escarmiento y se fusila. Aquel a quien quince días antes hubiese sido condenado a tres años de trabajos forzados, paga con su vida el escuálido botín de un robo, Pero hemos detenido la epidemia y hemos salvado a los hombres. Lo que nos parece inmoral, no es precisamente el castigo vigoroso y severísimo en caso de peligro social, sino el de encerrar

en una palabra al prisionero que hayamos hecho. Es como si se considerase que un asesino lo es en esencia y para toda la vida, al igual que un negro jamás cambiará de color. El asesino es tan sólo un hombre asesinado.

Las manos del juez seguían modelando su masa invisible.

—Corregir, siempre corregir. Hemos obtenido grandes éxitos —afirmó.

Voy a tratar de expresar su punto de vista. Me imagino a un gánster, y su ambiente, con sus leyes, su moral, sus abnegaciones, sus crueldades. Admito que un hombre formado en semejante escuela no pueda trocarse en pastor. Echará de menos la aventura, la emboscada y la nocturnidad. Le faltara incluso el propio ejercicio de las facultades que la existencia ha desarrollado en él. La decisión, el valor, tal vez el espíritu de dominio. Se sentirá empequeñecido pese a todos los discursos que le hagan sobre las ventajas de la virtud. La vida deja su huella. Las propias rameras quedan marcadas por su oficio, ya que muy pocas entre ellas sufren por la espera enervante y amarga, por el gusto triste y helado del alba, por el temor mismo y el *croissant* amistoso que se toma a las cinco de la madrugada, esa hora en que se hace la paz con los agentes, con la dudad rebelde, ese momento en que toda la red de amenazas de la noche se deshace. ¿Quién podrá expresar el sabor de la miseria? Ni los unos ni los otros se sentirán tentados por la paz, ya que fueron formados por la guerra. Como tampoco por la paz de conciencia. Pero ése es el milagro. A esos ladrones, a esos rufianes, a esos asesinos se les saca de la prisión como de un depósito y se les envía, bajo la autoridad de algunos fusiles, a cavar en el canal que unirá los mares Blanco y Báltico, Allí vuelven a encontrar la aventura ¡y qué aventura!

Helos ahí, trabajadores gigantes, encargados de trazar, de una mar a la otra, un surco profundo como un barranco, a escala de navío, de oponer a los terrenos que se desploman cimientos de catedral y de erigir a lo largo de los flancos de la hondonada bosques enteros de vigas que crujen como paja ante las expansiones subterráneas. Al llegar la noche vuelven al campamento bajo el punto de mira de las carabinas. Y la fatiga densa extiende un silencio de muerte sobre esa gente que acampa en la proa de su obra, frente a las tierras todavía vírgenes, Y poco a poco se sienten atraídos por el juego. Viven en equipos, dirigidos por sus ingenieros, sus capataces, ya que en una prisión hay de todo. Gobernados por aquellos que mejor saben imponer su dominio natural.

«Le concedo los fundamentos de la justicia, señor juez, Pero la conquista perpetua, la vigilancia, el pasaporte interior, el esclavizar a la colectividad, todo eso, señor juez, nos parece intolerable».

Y sin embargo, creo poder comprenderlo también. Han fundado una sociedad y ahora ya exigen que los hombres, no sólo respeten sus leyes sino que vivan en ella. Exigen que los hombres se constituyan como un organismo social, no sólo en apariencia, sino también en el fondo de su corazón. Sólo entonces se aflojará la disciplina. He aquí una historia muy bella que me contó un amigo, y que servirá para hacer un poco de luz sobre el problema.

Habiendo perdido el tren se instaló, para pasar la tarde, en la sala de espera de algún pueblecito lejano. Observó unos paquetes de ropa viejo y otros cien objetos inesperados, tales como samovares y los consideró propiedad de los viajeros. Pero al llegar la noche vio entrar en la sala de espera, uno a uno, a los propietarios de esos paquetes. Volvían con pequeños pasos tranquilos de sus ocupaciones familiares. Habían realizado sus compras al pasar por delante de las tiendas y empezaban a ocuparse de cocer sus legumbres. Su atmósfera era la confiada de una vieja pensión de familia. Cantaban, limpiaban las narices a los niños. Mi amigo preguntó al jefe de estación:

—¿Qué hacen aquí?

—Esperan —contestó el jefe de estación.

—Pero ¿qué es lo que esperan?

—Que les autoricen a partir,

—¿A partir para dónde?

—A partir, a coger el tren.

El jefe de estación no se mostraba sorprendido, simplemente querían partir. Para cualquier sitio. Para cumplir con su destino. Para descubrir nuevas estrellas, las de allí les parecían ya demasiado usadas. Mi amigo admiró primeramente su paciencia; dos horas de sala de espera le parecían ya intolerables, tres días le hubiesen vuelto loco. Pero en la sala de espera se cantaba en voz baja y se inclinaban en paz sobre el samovar. Entonces volvió a dirigirse al jefe de estación y preguntó:

—¿Y desde cuándo esperan?

El jefe de estación se quitó la gorra y rascándose la frente le dio a conocer el resultado de sus cálculos.

—Creo que va para cinco o seis años.

Ya sé que una parte del pueblo ruso tiene alma de nómada. No se encariña con sus viviendas y se siente atormentado por ese ancestral deseo asiático de ponerse en marcha, en caravana, bajo las estrellas. Estas gentes han partido siempre en busca de algo, de Dios, de la verdad, del porvenir, Y las casas de

los hombres les sujetan con demasiada fuerza al suelo; ellos se desarraigan más a gusto que en otros sitios.

Ese desprendimiento es inconcebible cuando se llega de Francia, donde la pequeña casa, que deja escapar en un rincón del campo su humo blando como lana, se convierte en un polo de atracción en extremo imperioso. Donde el alguacil, si tiene que desahuciar, hiere la carne misma y arranca mil lazos tiernos e invisibles. Nadie puede imaginarse en Francia a las gentes del Norte acampadas en las estaciones y embriagadas por la llamada de Provenza. Los del Norte aman su bruma familiar. Pero aquí… Aquí se aman los vastos horizontes. Tal vez primero vivan en su sueño. Es necesario hacerles conocer la tierra, es preciso que se familiaricen con el cemento. Y el régimen lucha contra esos eternos peregrinos, contra la llamada interior de quienes han visto una estrella, Es urgente impedirles que se pongan en marcha hacia el Norte, hacia el Sur, a merced de mareas invisibles. Y una vez lograda la Revolución es necesario impedirles que vuelvan a ponerse en marcha hacia otro nuevo régimen social. ¿No es en realidad el país donde las estrellas alumbran los incendios?

Para alcanzar esa meta se construyen casas con que tentar a los andariegos. Los apartamentos no se alquilan sino que se venden. Se ha implantado el pasaporte interior. Y a quienes alzan con demasiada frecuencia los ojos hacia los peligrosos signos del cielo, se les envía a Siberia donde los inviernos, con sus sesenta grados de frío, transcurren como laminadoras.

Y tal vez hayan creado así un hombre nuevo, estable, enamorado de su fábrica y de su grupo humano, como sabe estarlo de su vergel un jardinero en Francia.

* * *

EL TRÁGICO FIN DEL *Máximo Gorki*

Se ha estrellado el *Máximo Gorki*, el avión más grande del mundo. Se preparaba para aterrizar sobre la pista que le estaba destinada, cuando un caza chocó contra él a más de cuatrocientos kilómetros por hora.

Unos dicen que le atravesó el ala, otros que el motor central y todos lo han visto abatirse fulminado. Luego, alas, motores y fuselaje se dividieron, con una especie de lentitud, en un florecimiento negro. La propia rapidez de la caída pareció acompasada. Los espectadores tuvieron la impresión de asistir a

un deslizamiento vertiginoso o al naufragio, casi solemne, de un navío torpedeado.

El aparato, que pesaba cuarenta y dos toneladas, se abatió sobre una casa de madera, que quedó aplastada, incendiándose y cuyos ocupantes perecieron. También murieron los once hombres de la tripulación, entre los que se encontraba el gran piloto Jourov y treinta y dos pasajeros.

Esta catástrofe aérea ha producido cuarenta y ocho víctimas. El *Máximo Gorki*, orgullo de la flota aérea rusa, tenía sesenta y tres metros de envergadura y treinta y dos de longitud. Sus ocho motores, de los cuales seis estaban situados en las alas, tenían una potencia de siete mil caballos. Su velocidad era de doscientos sesenta kilómetros. Levantaba hasta el cielo un gigantesco altavoz cuya palabra, descendiendo de las nubes para quienes la escuchaban desde el suelo, cubría el rugido de sus ocho motores.

La misma víspera del accidente, yo volé a bordo del *Máximo Gorki*. Era el primer extranjero a quien se concedía ese honor. Y había de ser el último… Durante mucho tiempo me hicieron esperar la autorización necesaria y me llegó por la tarde, cuando ya había perdido toda esperanza. Me instalé en el salón situado en el extremo delantero del aparato y desde allí asistí al despegue. La máquina se puso poderosamente en movimiento y sentí como ese monumento asentaba rápidamente en el aire sus cuarenta y dos toneladas. La facilidad del despegue me dejó sorprendido.

Mientras virábamos de bordo en dirección a Moscú, me fui a pasear. Puedo hablar de paseo ya que visité, durante el vuelo, once compartimientos principales cuyo enlace estaba asegurado mediante una red de teléfonos automáticos. Un sistema de tubos neumáticos reforzaba al teléfono para garantizar la transmisión de las órdenes escritas. Las dimensiones del aparato parecían tanto más gigantescas cuanto las cabinas estaban distribuidas no sólo a lo largo del fuselaje, sino también en el grueso de las alas. Me aventuré pues por el pasillo central del ala izquierda y fui abriendo, una a una las puertas que daban sobre él. Se trataban, bien de cabinas o de auténticas salas de máquinas donde cada motor estaba situado de manera aislada. Un ingeniero se juntó conmigo llevándome a visitar la central eléctrica. Aparte de la T.S.H., del altavoz y de los dispositivos de desamarre, alimentaba con su corriente los ochenta puntos de luz del avión con una potencia total de doce mil vatios.

Durante un cuarto de hora de visita por esta máquina, donde me encontraba tan hundido como en el vientre de un torpedero, no había vuelto a ver la luz del día. Estaba envuelto en la inagotable y densa vibración de los motores. Me cruzaba con telefonistas, divisaba los lechos en las cabinas,

tropezaba con mecánicos enfundados en monos azules. Mi sorpresa fue completa al descubrir a una joven taquimecanógrafa que trabajaba, sola, en su despacho.

Volví a la luz. Moscú giraba lentamente bajo el avión. El comandante de a bordo, instalado en un rincón del salón, telefoneaba no sé qué órdenes a sus pilotos. El aparato de radio le transmitía mensajes por tubos neumáticos y todo ello daba una impresión de sociedad compleja, de vida organizada que jamás había yo experimentado en vuelo.

Me acomodé entonces en mi butaca y cerré los ojos. A través del respaldo recibía el mensaje de los ocho motores. Sentí vibrar en mí, de los pies a la cabeza, esa vida ardiente. Volvía a ver el suministro de luz de esa central eléctrica y me acordaba de las cámaras-motores, auténticas calderas de calefacción. Abrí de nuevo los ojos.

Por un gran ventanal del salón se derramaba una claridad azulada y contemplé, como desde el balcón de un lujoso hotel, el lejano panorama de la tierra. Aquí quedaba rota esa unidad del avión medio, donde la plaza del piloto, los instrumentos de a bordo y la cabina de los pasajeros forman un sólo conjunto. Se pasaba del ambiente del aparato al del descanso, del ensueño.

Al día siguiente el *Máximo Gorki* ya no existía. Y su pérdida parece considerarse aquí como una especie de luto nacional, Aparte de la muerte del piloto Jourov y de los diez miembros de la tripulación, los mejores entre los mejores, aparte de la de los treinta y cinco pasajeros, todos obreros de la fábrica «Tfagi» y que fueron seleccionados para participar en dicho vuelo como recompensa a su trabajo, la URSS pierde la mejor prueba que posee de la vitalidad de su joven industria.

Pero algo parece haber calmado en cierto modo a los profesionales con los que he hablado. Tan sólo una fatalidad absurda ha logrado abatir a ese gigante. El drama no se debía ni a errores de cálculo de los ingenieros, ni a la inexperiencia del trabajo de los obreros, ni a equivocaciones de la tripulación. En la encrucijada sangrienta de su apacible ruta, el *Máximo Gorki* ha sucumbido por haberse encontrado en la trayectoria, tensa como una trayectoria de tiro, de un avión de caza ciego.

* * *

UNA EXTRAÑA VELADA CON LA SEÑORITA XAVIER Y DIEZ VIEJECITAS ALGO EMBRIAGADAS QUE SIENTEN LA

NOSTALGIA DE SUS VEINTE AÑOS…

Compruebo que se trata del número treinta y me detengo frente a una casa inmensa y triste. Tras el pórtico distingo una serie de patios y edificios La entrada a la Salpêtrière no es menos lóbrega De hecho se trata de un nido de termitas que forma parte de un Moscú moribundo. Un día lo derribarán y sobre sus cimientos construirán altas casas blancas. Pero Moscú, en unos años, ha sufrido un aumento de población que se aproxima a los tres millones. A falta de algo mejor se han amontonado en inmuebles cuyos apartamentos se encuentran divididos y allí esperan el final de la construcción de los inmuebles nuevos en los que habrán de alojarse.

El mecanismo es sencillo. Por ejemplo, el grupo de profesores de historia, o el grupo de ebanistas, fundan su cooperativa. El gobierno anticipa el capital que será rembolsado por mensualidades. La cooperativa encarga la construcción de su inmueble a las empresas de construcción del Estado. Cada uno ha reservado su apartamento, elegido sus pinturas y discutido los detalles de la distribución. Y desde ese momento todos se arman de paciencia en la triste casa amueblada, en esa antecámara de la vida, porque tan sólo es provisional.

El inmueble nuevo empieza a emerger de la tierra.

Y esperan a los constructores con tanta frecuencia como se las ha esperado, alojados en barracas, en las comarcas nuevas.

Yo ya conocía los apartamentos de hoy, en donde la vida íntima adquiere de nuevo sus matices. Pero deseaba formar un juicio propio acerca de los vestigios, todavía numerosos, de los días sombríos. Por ello me deslizaba como una sombra, oteando el número treinta. Todavía creía vagamente en esos policías que siguen los pasos de los extranjeros, Temía verlos erguirse entre sí y los secretos inescrutables de la URSS. Pero llegué a franquear el umbral sin recibir ninguna misteriosa advertencia. Mi excursión no interesaba a nadie. Una vez en el hormiguero abordé al primer vecino para saber dónde se alojaba el personaje cuyo nombre había anotado cuidadosamente y a quien deseaba sorprender, pese a que él mismo ignorara mi existencia:

—¿Dónde habita la señorita Xavier?

El primero vecino que encontré era una oronda comadre que inmediatamente mostró su simpatía hacia mí. Siguió una oleada de palabras de las que no entendí ni una sola, Desconozco el ruso.

A una simple pregunta mía me dio toda una serie de explicaciones suplementarias. No me atrevía a herir sus amables sentimientos con la huida,

pero le indiqué, señalando mi oído con el dedo, que no comprendía nada. Entonces, creyendo que era sordo, reanudó sus explicaciones en un tono de voz dos veces más alto.

Me vi obligado a tentar la suerte y encaminándome por la primera escalera llamé a la puerta más cercana. Se me franqueó la entrada en el apartamento. El hombre que me había recibido me hizo unas preguntas en ruso. Le contesté en francés. Después de examinarme detenidamente dio media vuelta y desapareció. Me quedé solo, A mi alrededor percibía miles de objetos: un perchero lleno de abrigos y de gorras, un par de zapatos sobre una alacena y una tetera encima de una maleta. Oí los gritos de un niño, luego risas, seguidamente un gramófono, por último, el abrir y el cerrar de unas puertas en el fondo de la casa. Y yo seguía solo, como si fuera un ladrón, en un apartamento donde no conocía a nadie. Finalmente el hombre reapareció. Le acompañaba un ama de casa, cubierta con un delantal, en el que se secaba las manos llenas de jabón. Me preguntó en inglés y hube de responderla en francés. Uno y otra adoptaron un gesto triste y volvieron a desaparecer. Oí el rumor de un conciliábulo que aumentaba de manera paulatina.

De vez en cuando la puerta se entreabría y unos desconocidos me contemplaban con aire perplejo. Indudablemente adoptaron una decisión y de este modo la casa se animó. Oí llamadas, pasos rápidos y la puerta, al fin, que se abre de par en par. Un tercer personaje hizo su entrada y el coro, reunido al fondo, concentraba en él todas sus esperanzas. Avanzando, se presentó y me interpeló en danés. Todos nos sentimos descorazonados.

Pero, en medio del abatimiento general, pensaba sobre todo en los esfuerzos que había hecho para pasar inadvertido. La multitud de inquilinos y yo nos contemplábamos melancólicamente, cuando trajeron hasta mí, como especialista de una cuarta lengua, a la propia señorita Xavier. Era un hada vieja, flaca, encorvada, llena de arrugas, de mirada brillante, quien, al no comprender en absoluto el motivo de mi visita, me rogó que la acompañara a su casa.

Y todas esas buenas gentes, satisfechas de haberme salvado, se dispersaron.

Ahora me encuentro ya en casa de la señorita Xavier y me siento algo conmovido. En su mismo caso se encuentran trescientas francesas cuyas edades oscilan entre los sesenta y los setenta años, perdidas como ratones grises en una ciudad de cuatro millones de habitantes. Son antiguas institutrices o acompañantes de jóvenes del antiguo régimen y han sufrido la Revolución. Épocas extrañas. El antiguo mundo se desmorona sobre ellas

como un templo. La Revolución aplastaba a los fuertes y dispersaba a los débiles a todos los rincones del mundo, semejantes a juguetes de una tempestad; pero no llegó a tocar a las trescientas institutrices francesas. ¡Eran tan menudas, tan reservadas, tan correctas! Mientras seguían a sus bellas alumnas aprendieron durante largo tiempo a hacerse invisibles. Les enseñaban la dulzura de la lengua francesa; luego esas alumnas capturaban con las palabras más dulces a los gallardos novios de la Guardia, Las viejas institutrices no se explicaban el poder escondido en el estilo y la ortografía, ya que ellas mismas jamás las utilizaron en el amor. También enseñaban la forma de comportarse, la música y la danza. Esos secretos que en ellas sólo servían para fomentar la corrección más afectada se convertían en esas jóvenes en algo vivaz y ligero. Y las institutrices envejecían, vestidas de negro, severas y discretas, presentes pero invisibles como la virtud, la consigna y la buena educación. Y la Revolución, que tronchó las flores deslumbrantes ni siquiera rozó, al menos en Moscú, a esos ratoncillos grises.

La señorita Xavier tiene setenta y dos años y llora. Soy el primer francés, desde hace treinta años, que se sienta en su casa. La señorita Xavier repite por vigésima vez: «Si lo hubiese sabido… si lo hubiese sabido… habría preparado una habitación». Observo la puerta abierta y pienso en los extranjeros que habitan también en el apartamento y que denunciarán doce veces nuestro conciliábulo. Todavía tengo mucha fantasía. La señorita Xavier pone fin a la leyenda.

—He abierto la puerta adrede, me confía con orgullo. ¡Es tan hermosa esta visita! Todos las vecinos estarán celosos.

Abre su alacena con gran estruendo, mueve ruidosamente los vasos. Saca la botella de madeira y unos bizcochos secos. Hace chocar los vasos y deja con vigor la botella sobre la mesa. Quiere que se oiga el estrépito de la orgía.

Después escucho lo que me cuenta. Le he preguntado cosas acerca de la Revolución, pues sentía curiosidad por conocer su punto de vista. ¿Qué significa una revolución para un ratoncillo gris? ¿Y cómo es posible subsistir cuando todo se desmorona alrededor de uno?

Mi anfitriona me confía:

—Una revolución es de lo más fastidioso.

La señorita Xavier sobrevivió con las lecciones de francés que daba a la hija de un cocinero a cambio de una comida… Cada día atravesaba de parte a parte Moscú. Para obtener algún dinero para sus gastos, vendía durante el viaje unas chucherías que algunos ancianos le pedían que liquidara por unos centavos: Lápices de labios, guantes, gemelos.

—No era legal —me confiesa la señorita Xavier—, se trataba de una especulación.

Y me cuenta el día más sombrío de la guerra civil. Esa mañana le habían confiado unas corbatas. ¡Corbatas en un día semejante! Pero la señorita Xavier no vio a los soldados, ni las ametralladoras ni los muertos. Estaba demasiado ocupada en ganarse unos centavos con las corbatas que entonces, me dice, hacían furor.

¡Pobre institutriz envejecida! Se le negaba la aventura social como antes la amorosa. La aventura no quería nada con ella. Tal vez en los barcos piratas se encontraron también algunas dulces viejecitas que nunca se daban cuenta de nada, ocupadas en remendar las camisas de los corsarios.

Sin embargo, un día la detuvieron durante una redada y la encerraron en una galería sombría entre doscientos o trescientos sospechosos. Unos soldados armados, hacían desfilar uno a uno a los prisioneros hacia el interrogatorio, en donde se seleccionaba a los vivos de los muertos.

—Después del interrogatorio enviaron al sótano a la mitad de los prisioneros —me dice.

Pues bien, una vez más la aventura adquirió esa noche para ella el aspecto más bonachón. Tumbada sobre un estrecho banco, sobre las cisternas negras donde uno podía hundirse hasta la eternidad, la señorita Xavier recibió de cena una rebanada de pan y tres almendras garrapiñadas. Las tres almendras demuestran tal vez, de manera sobrecogedora, la miseria de un pueblo. Me recuerdan el plano de caoba que una amiga de la señorita Xavier vendió en aquel entonces por tres francos. Pero esas almendras evocan, a pesar de todo, la época de los juegos y la infancia.

La aventura trató a la señorita Xavier como a una niña muy pequeña. Sin embargo una grave preocupación la atormentaba. ¿A quién confiar el edredón que acababa de comprar en el momento de la detención? Dormía sobre él y cuando la llamaron para interrogarla, no quiso abandonarlo. Y compareció ante los jueces apretando el inmenso edredón contra su minúscula persona. Tampoco los jueces la tomaron demasiado en serio. La señorita Xavier conserva de aquel interrogatorio unos recuerdos que todavía despiertan su indignación. Unos hombres rodeados de soldados, estaban sentados alrededor de una gran mesa de cocina. El presidente examinó sus documentos con la dejadez de quien está pasando una noche de vigilia. Y ese hombre cuya decisión les conducía de manera inexorable a la vida o a la muerte, ese hombre le había preguntado con timidez, rascándose la oreja:

—Señorita, tengo una hija de veinte años. ¿Querría darle lecciones?

Y la señorita Xavier apretando el edredón contra su pecho, le respondió con una dignidad aplastante:

—Usted me ha detenido. Júzgueme. Mañana, si todavía estoy viva, hablaremos de su hija.

Y ahora añade con mirada maliciosa:

—Ya no se atrevieron siquiera a mirarme. ¡Eran todos tan desmañados!

Respeto esas adorables ilusiones y me digo: «El hombre sólo ve en el mundo lo que lleva dentro de sí mismo. Se necesita cierta fortaleza para afrontar lo patético y recibir su mensaje».

Recuerdo lo que me contó la mujer de un amigo. Pudo refugiarse a bordo del último barco blanco que zarpó antes de la entrada de los rojos en Sebastopol, o tal vez fuera en Odesa.

El pequeño navío estaba atestado hasta los bordes.

Toda sobrecarga le hubiese hecho naufragar y aún se le veía desaparecer lentamente desde el muelle. Ya estaba abierta la brecha, todavía pequeña pero irreparable, entre dos mundos. La joven lo observaba todo, confundida entre la multitud en la popa del barco. Al muelle llegaban vencidos los cosacos, después de dos días de viaje desde la montaña hasta el mar y descendían sin descanso. Pero ya no quedaban barcos. Al llegar a la orilla saltaban a tierra, mataban a sus caballos y despojándose de su *dolman* y de sus armas, se lanzaban al mar para alcanzar a nado el pequeño navío tan cercano todavía. Pero, en la popa, unos hombres armados con carabinas se encargaban de impedirles subir haciendo estallar, cada disparo, una estrella roja en el mar. Pronto en el puerto florecieron miles de estrellas. Pero los cosacos, de manera incesante, con una testarudez de pesadilla, desembocaban en el muelle, saltaban del caballo, lo degollaban y nadaban hasta que una nueva estrella roja se extendía en el mar.

La señorita Xavier ha reunido esta tarde a diez ancianas francesas, parecidas a ella, en la más hermosa de las diez viviendas. En un pequeño apartamento encantador, pintado completamente por su dueño. Yo he llevado el oporto, los vinos y los licores. Todos estamos algo embriagados y cantamos viejas canciones. Su infancia se les sube a los ojos y lloran, y su corazón vuelve a tener veinte años, pues ya todas me llaman «querido». ¡Soy oigo así como un príncipe encantador, ebrio de gloria y de vodka, entre todas estas viejecitas que recuerdan su Francia y me besan!

Hace su entrada un personaje infinitamente grave. Es un rival. Viene aquí todas las tardes a tomar el té, a hablar francés y a comer pastelillos. Pero esta tarde se sienta en un extremo de la mesa, austero y acrimonioso.

Y las ancianas quieren mostrármelo en todo su esplendor.

—Es un ruso —me dicen—, y ¿sabe lo que ha hecho?

No lo sé Trato de adivinar. El personaje adopta una actitud cada vez más modesta. Modesta e indulgente. Una actitud modesta de gran señor. Pero ellas le rodean, apremiándole:

—Cuente a nuestro francés lo que hizo en 1906.

Mi personaje juguetea con la cadena de su reloj. Hace sufrir a las pobres señoritas. Al fin cede y volviéndose hacia mí, deja caer con negligencia, pero recalcando cada una de las palabras:

—En 1906 jugué a la ruleta en Mónaco.

Son dignas de ver esas ancianas que baten palmas porque ha vencido sobre el tiempo.

Hacia la una de la madrugada me despido, al fin. Me acompañan con gran pompa hasta un taxi. De cada brazo se me cuelga una viejecita, una viejecita que anda de lado. Hoy soy yo el dueño.

La señorita Xavier murmura a mi oído:

—El próximo año tendré también mi apartamento y nos reuniremos todos en mi casa. Verá qué bonito será todo. Ya empiezo a bordar todos los adornos.

La señorita Xavier se inclina aún más hacia mi oído:

—Venga a verme antes que a las otras. Seré la primera, ¿verdad?

El año próximo la señorita Xavier tendrá tan sólo setenta y tres años. Recibirá su apartamento. Ya podrá empezar a vivir…

* * *

ES NECESARIO DAR UN SENTIDO A LA VIDA DEL HOMBRE

Todos, bajo diversas y aun contradictorias opiniones, expresamos los mismos anhelos. La dignidad del hombre, el pan de nuestro prójimo. Estamos divididos en cuanto a los métodos, que son fruto de nuestro razonamiento, pero no en cuanto a los fines. Y luchamos unos contra otros para alcanzar la misma tierra de promisión.

Para comprobarlo basta con que nos examinemos con la suficiente perspectiva. Entonces se descubre que estamos luchando contra nosotros mismos. Nuestras divisiones, nuestras luchas, nuestra injuria son las de un

cuerpo que se contrae contra sí mismo y se desgarra en medio de la sangre del alumbramiento. Algo nacerá que llegue a superar esas imágenes diversas; pero apresurémonos a forjar la síntesis. Es necesario ayudar al alumbramiento so pena de engendrar la muerte. No olvidemos que hoy la guerra se hace con el torpedo y la iperita. La guerra ya no se confía a unos delegados de la nación que recogen laureles en las fronteras y que, mediante un precio más o, menos oneroso enriquece, he de admitirlo, el patrimonio espiritual de un pueblo. La guerra hoy en día no es otra cosa que una cirugía de insecto que dirige sus aguijones contra los ganglios del adversario. Tan pronto como se declare una guerra volarán nuestras estaciones, nuestros puentes, nuestras fábricas. Nuestras ciudades, asfixiadas, evacuarán su población en el campo. Y desde el primer momento, Europa, un organismo de doscientos millones de hombres, habrá perdido su sistema nervioso, como si un ácido hubiese quemado sus centros de control, sus glándulas reguladoras, sus canales sanguíneos, y ya sólo será un enorme cáncer que empezará a pudrirse, ¿Cómo podrá alimentarse a esos doscientos millones de hombres? Jamás se podrá arrancar bastantes raíces.

Cuando la contradicción se hace tan urgente, es preciso que nos apresuremos a superarla, ya que no existe nada más apremiante que una necesidad que busca la forma de expresarse. Si a falta de algo mejor, encuentra esa expresión en la ideología que conduce a la guerra, no hay la menor duda, haremos la guerra. Existen medios mejores que la guerra para satisfacer las necesidades que atormentan al hombre, pero es inútil negarlas. Podéis gritar las razones por las que odiáis la guerra a ese oficial del sur de Marruecos que un día conocí, pero cuyo nombre no me atrevo a revelar por temor a violentarle. Pero si no os convencen no le califiquéis de bárbaro. Oíd primero este recuerdo que voy a contaros.

Con ocasión de la guerra del Rif estaba al mando de un pequeño puesto que se alzaba en un rincón entre dos montañas disidentes. Una noche recibía a los parlamentarios que habían descendido del macizo occidental. Bebían té, como es costumbre, cuando empezó el tiroteo. Las tribus del macizo oriental atacaban el puesto. Y los parlamentarios enemigos respondieron al capitán que les expulsaba para poder combatir: «Hoy somos tus huéspedes, Dios no permite que te abandonemos…». Así, pues, uniéndose a los hombres del capitán, salvaron el puesto, y luego volvieron a sus disidencias.

Pero la víspera del día en que, a su vez, se preparaban, a atacar al capitán, helos aquí que vuelven

—La otra noche te hemos ayudado…

—Es verdad.

—Hemos disparado por ti trescientos cartuchos…

—Es verdad.

—Sería justo que nos los devolvieses.

Y el capitán, gran señor, no puede aprovecharse de una ventaja obtenida por la nobleza de los otros. Les devuelve sus cartuchos, bajo los que tal vez habrá de morir.

La verdad, para un hombre, es lo que hace de él un hombre. Quien ha conocido esa elevación de relaciones, esa lealtad en el juego, ese don mutuo de una estimación que pone en juego la vida y compara esa expansión que le fue permitida con la cualidad mediocre del demagogo que hubiese expresado su fraternidad a esos mismos árabes con grandes palmadas en la espalda, que tal vez hubiese adulado al individuo, pero humillando a través de él al hombre, sólo sentirá hacia vosotros, si le censuráis, una piedad algo despreciativa. Y tendrá razón.

No tratéis de explicar a un Mermoz que se lanza hacia la vertiente chilena de los Andes, con la victoria en el corazón, que se ha equivocado, que por una carta, tal vez de mercader, no merece la pena arriesgar la vida. Mermoz se reirá de vosotros. La verdad es el hombre que ha nacido en él mientras atravesaba los Andes.

Y si hoy día el alemán está dispuesto a verter su sangre por Hitler convenceos de que es inútil discutir con Hitler. Para ese alemán todo en él es grande porque ha encontrado en ese personaje una razón para expresar su entusiasmo y ofrendar su vida. ¿No comprendéis que la potencia de un movimiento depende del hombre que lo genera?

¿No comprendéis que el don de sí mismo, el riesgo, la fidelidad hasta la muerte, son ejercicios que han contribuido ampliamente a crear la nobleza del hombre? Cuando tratáis de presentar un modelo, lo descubrís en el piloto que se sacrificó por su correo, en el médico que sucumbe en la batalla contra las epidemias, en el meharista que, al frente de su pelotón moro, avanza hacia la escasez y la soledad.

Cada año mueren algunos. Incluso si su sacrificio es en apariencia inútil ¿creéis que no han servido de algo? Han moldeado una bella imagen en arcilla virgen que todos somos en un principio, han sembrado hasta la conciencia del niño, acunado por los cuentos nacidos de sus gestos, Nada se pierde y el monasterio, encerrado en sus muros, resplandece.

¿No comprendéis que nos hemos equivocado de ruta en algún punto? El hormiguero humano es más rico que antes, disponemos de más bienes y

placeres, y sin embargo nos falta algo esencial que nos resulta difícil definir. Nos sentimos menos hombres; porque hemos perdido misteriosas prerrogativas.

En Juby he criado gacelas. Allí todos lo hemos hecho. Las encerrábamos en un cercado enrejado, al aire libre, ya que las gacelas necesitan el agua corriente de los vientos y no hay nada más frágil que ellas. No obstante, si se las captura jóvenes, sobreviven y comen en vuestra mano. Se dejan acariciar y hunden su húmedo hocico en el hueco de la palma. Y se las considera domesticadas. Se cree que están resguardadas de la pena ignorada que las extingue imperceptiblemente y que así la muerte se les hace más suave… Pero llega el día y las encontráis, apoyando sus cuernecillos contra el cercado, mirando el desierto. Como atraídas por un imán. Ellas no saben que huyen de vosotros. Acaban de beber la leche que les habéis llevado, se siguen dejando acariciar y hunden con mayor ternura el hocico en vuestra palma… Pero apenas la habéis soltado y descubrís que después de un galope feliz vuelven a apretarse contra la reja. Y si no hacéis nada por ellas, permanecerán allí, sin tratar tampoco de luchar contra la barrera, en la que apoyan sus cuernecillos, la nuca baja, y así hasta morir. ¿Es la época del amor o sencillamente el ansia de un gran galope que les haga perder el aliento? Lo ignoran. Todavía no se habían abierto sus ojos cuando las capturasteis. Lo ignoran todo, la libertad en las arenas o el olor del macho. Pero vosotros sois más inteligentes que ellas. Lo que buscan, y vosotros lo sabéis, es la gran extensión que las colmará. Quieren convertirse en gacelas y bailar la danza. Quieren conocer también, a ciento treinta kilómetros por hora, la fuga rectilínea, cortada por bruscos brotes, como si de pronto y por sorpresa surgieran llamas en la arena. ¡Poco importan los chacales si la verdad de las gacelas consiste en ese regusto del miedo que las impulsa a superarse y obtiene de ellas los más arriesgados volatines! ¡Qué importa el león si la verdad de las gacelas es la de quedar desgarradas de un zarpazo bajo el sol! Las contempláis y pensáis; ya se sienten nostálgicas… La nostalgia es el deseo de algo desconocido. El objeto del deseo existe pero no se encuentran palabras para expresarlo.

Y a nosotros ¿qué es lo que nos falta?

¿Cuáles son los espacios que pedimos que se nos abran? Tratamos de libramos de los muros de una prisión que se cierra a nuestro alrededor. Se ha creído que para hacernos grandes bastaba con vestirnos y alimentamos, con satisfacer todas nuestras necesidades. Y poco a poco han hecho de nosotros el pequeño burgués de Courteline, el político de pueblo, el técnico cerrado a toda vida interior. Tal vez me respondáis: «Se nos instruye, se nos ilustra, se

nos enriquece mejor que antiguamente con las conquistas de nuestra razón». Pero menguada idea tiene de la cultura del espíritu quien cree que ésta se basa en el conocimiento de fórmulas, en el recuerdo de los resultados obtenidos. El alumno más mediocre, que haya terminado en último lugar en la Escuela Politécnica, sabe más sobre la naturaleza y las leyes que Descartes, Pascal y Newton. Sin embargo sigue mostrándose incapaz de concebir una sola actividad del espíritu de las generadas por Descartes, Pascal y Newton. A ellos se les cultivó primero. Pascal es, ante todo, un estilo. Newton, un hombre. En él se refleja el universo. La manzana madura que cae en un prado, las estrellas en las noches de julio, hablaban, y él lo ha oído, el mismo lenguaje. Para ese alumno la ciencia era la vida.

De pronto descubrimos con sorpresa la existencia de unas condiciones misteriosas que nos fertilizan. Tan sólo nos es posible respirar al unísono de otros si perseguimos un bien común existente fuera de nosotros. Nosotros, hijos de la era de la comodidad sentimos un bienestar inexplicable compartiendo nuestros últimos víveres en el desierto. Quienes entre nosotros han conocido la inmensa alegría de los rescates saharianos, cualquier otro placer les parece fútil.

Así, pues, no os asombréis. Aquel que no sospechaba nada del desconocido que dormía en su interior, pero que lo ha sentido despertarse una vez en una cueva de anarquistas, en Barcelona, a causa del sacrificio de la vida, de la ayuda mutua, de una imagen rígida de la justicia, ése tan sólo conocerá una verdad, la de los anarquistas. Y quien en cierta ocasión haya montado guardia para proteger a toda una congregación de monjitas arrodilladas, aterrorizadas, en los monasterios de España, ése morirá por la Iglesia de España.

Queremos sentirnos libres. El que da un golpe de azada quiere dar un sentido a ese gesto. El golpe de azada del presidiario no es igual al del prospector, que engrandece a quien lo da. La prisión no existe en todos aquellos lugares donde se dan golpes de azada. No se trata de un horror material. La prisión está allí donde se dan golpes de azada sin sentido, que no sirve para unir al que los da con la comunidad humana.

Y queremos evadirnos de la prisión.

En Europa existen doscientos millones de hombres cuya vida no tiene sentido y que querrían nacer. La industria los ha arrancado del lenguaje de los surcos campesinos, encerrándolos en *ghettos* enormes que se parecen a esas estaciones de tría, donde los vagones negros se acumulan uno tras otro. En el fondo de las ciudades obreras quisieran que se les despertara.

Hay también otros que, aprisionados en el engranaje de todos los oficios, les están prohibidos los gozos de un Mermoz, las alegrías religiosas, las satisfacciones del sabio. Ellos también querrían nacer.

Es cierto que se les puede animar vistiéndolos de uniforme. Entonces entonarán sus cánticos de guerra y partirán su pan entre camaradas. Habrán encontrado lo que buscan, el sentido de lo universal, Pero morirán del pan que se les ofrece.

Pueden desterrarse los ídolos de madera y resucitar las viejas lenguas que, bien o mal, han pasado su prueba. Puede resucitarse la mística del pangermanismo o del imperio romano. Puede embriagarse a los alemanes con la embriaguez de ser alemanes y compatriotas de Beethoven. Puede cultivarse hasta el ego del grumete. Lo que ya no es tan fácil es lograr que ese mismo grumete se convierta en un Beethoven. Pero esos ídolos demagógicos son carnívoros. El que muere por el progreso de la ciencia o por la curación de enfermedades, al morir sirve a la vida. Es hermoso morir por la expansión de Alemania, de Italia o del Japón, pero el adversario ya no es entonces esa ecuación que se resiste a integrarse, ni el cáncer que no se rinde ante el suero: el enemigo es el hombre que vive a nuestro lado. Es necesario afrontarlo, pero hoy ya no se trata de vencerlo. Cada uno se instala al abrigo de un muro de cemento. A falta de algo mejor, cada uno lanza, noche tras noche, escuadrillas que torpedean al otro en sus entrañas, La victoria es del que se pudra el último. ¿Qué se necesita para nacer a la vida? Entregamos. Hemos sentido de forma oscura que los hombres no pueden comulgar entre si más que a través de una misma imagen. Los pilotos se encuentran si luchan por el mismo correo. Los hitlerianos sí se sacrifican por el mismo Hitler. El equipo de escaladores si se dirige hacia la misma cumbre. Los hombres no se unen abordándose directamente unos a otros, sólo únicamente si se confunden ante el mismo dios, En un mundo que se ha hecho desértico, tenemos sed de volvernos a encontrar con enmaradas. El gusto del pan compartido entre camaradas nos ha hecho aceptar los valores de la guerra, Pero no necesitamos la guerra para sentir el calor de los hombros próximos en una carrera hacia el mismo fin. La guerra nos engaña. El odio no aporta nada a la exaltación de la carrera.

Ya que para liberarnos basta con que nos ayudemos a adquirir conciencia de un objetivo que nos una entre sí, más vale buscarlo en lo universal. El cirujano, cuando visita, no oye las quejas de aquel a quien ausculta: o través de él, es al hombre a quien trata de curar. El cirujano habla un lenguaje universal. Con su puño musculoso el piloto de línea domina los remolinos y

realiza un trabajo de forzado. Pero luchando, sirve a las relaciones humanas. La potencia de ese puño acerca entre sí a quienes se amaban y trataban de unirse: ese piloto pertenece también a lo universal. Y el sencillo pastor que vigila a sus ovejas bajo las estrellas, sí adquiere conciencia del papel que desempeña descubre que es algo más que un pastor. Es un centinela, Y cada centinela es responsable de todo el imperio.

¿De qué sirve engañar al grumete impulsándole bajo la advocación de Beethoven, contra el hombre que tiene a su lado? ¡Qué farsa cuando en un mismo territorio envían a Beethoven a un campo de concentración si no piensa como el grumete! El fin de éste debe ser el de crecer y hablar un día, como Beethoven, una lengua universal.

Si tendemos hacia esa conciencia del Universo, volvemos a incorporamos al destino mismo del hombre. Tan sólo lo ignoran los tenderos que se han instalado tranquilamente en la orilla, pero que no ven que el río discurre. Pero el mundo evoluciona… La vida nace de la lava en ebullición, de una punta de estrella. Poco a poco nos hemos ido elevando hasta escribir cantatas y pesar nebulosas. Y el comisario, bajo el obús, sabe que la génesis no está todavía terminada y que debe continuar su elevación. La vida busca la conciencia, Y la masa de estrellas alimenta y compone lentamente su más alta flor.

Pero ya es grande ese pastor que se descubre centinela.

Tan sólo seremos felices cuando marchemos en la dirección correcta, la que tomamos desde el principio, despertándonos del barro, Sólo entonces podremos vivir en paz, pues lo que da sentido a la vida lo da también a la muerte.

Se está tan bien a la sombro del cementerio provenzal, cuando el viejo campesino, al fin de su reinado ha dejado en depósito a sus hijos su rebaño de cabras y su lote de olivares para que ellos, a su vez, los transmitan a los hijos de sus hijos. En la raza campesina tan sólo se muere en parte. Cada existencia se abre a su vez como una vaina y desparrama sus granos.

En una ocasión me encontré con tres campesinos junto al lecho de muerte de la madre. Verdaderamente fue muy doloroso. Por segunda vez se cortaba el cordón umbilical. Por segunda vez se deshacía un nudo, el que une a una generación con la otra. Esos tres hijos se encontraban solos, teniendo que aprenderlo todo, privados de una mesa familiar donde reunirse los días de fiesta, privados del polo alrededor del que todos se concentraban. Pero en esa ruptura descubrí también que por segunda vez se les daba la vida. También esos hijos a su vez se convertirían en cabezas de familia, en puntos de

conjunción y en patriarcas, hasta el momento en que ellos, a su vez, transferirían el mando a esa pollada de pequeños que jugaban en el patio.

Contemplé a la madre, esa vieja campesina de rostro apacible y duro, de labios comprimidos, ese rostro semejante a una máscara de piedra. Y en él reconocía el de sus hijos. Ese molde había servido para imprimir los suyos. Ese cuerpo había servido para moldear el de ellos, esos hermosos ejemplares de hombre, erguidos como árboles. Y ahora ella yacía rota, como una generosa corteza de la que se hubiera sacado el fruto. A su vez, hijos e hijas de su carne, serían el molde para la creación de cachitos de hombres. En la granja no se muere. ¡La madre ha muerto! ¡Viva la madre!

Dolorosa, sí, pero tan sublimemente sencilla esa imagen de la raza, abandonando uno a uno, de manera sucesiva, en su camino, esos hermosos despojos de cabellos blancos que marchan hacia no sé qué verdad a través de sus metamorfosis.

EL PILOTO Y LAS FUERZAS NATURALES

Se había encomendado a Saint-Exupéry el desbrozar la última etapa da la línea de Commodoro-Rivadavia a Punta Arenas. Él mismo realizó los vuelos de reconocimiento y creó las bases de Commodoro-Rivadavia-San Julián, de Punta Arenas y organizó las de Trelew y Bahía-Blanca. Saint-Exupéry, pilotando un «Laté 26», y después de inspeccionar las instalaciones del aeródromo de Pacheco, emprendió su primer viaje de estudio por el extremo sur.

Esta narración, en la cual Saint-Exupéry relata su combate con el ciclón de la Patagonia, que soplaba desde el cabo Horn hasta el estrecho de Magallanes, ha sido comparada a «Tifón», de Conrad.

Véase «Marianne»: núm. 356, del 16 de agosto de 1939.

CONRAD, al narrar un tifón, casi no describe las olas monumentales, las tinieblas y el huracán. Renuncia a tratar esa materia, Pero en la bodega atestada de emigrantes chinos, el balanceo ha desperdigado sus equipajes, ha roto sus cajas y ha mezclado sus pobres tesoros. Ese oro que, centavo a centavo han ido amasando durante toda su vida, esos recuerdos, tan parecidos todos, pero al propio tiempo tan personales, todo se mezcla en desorden, todo entra ya en el anonimato, todo se confunde en un maremágnum inextricable. Conrad sólo nos muestra el drama social del tifón.

Todos hemos conocido esa impotencia que nos impide transmitir nuestras experiencias cuando, después de una tempestad, una vez reunidos como en un redil en el pequeño restaurante de Toulouse bajo la protección de la camarera, hemos renunciado a describir el infierno. Nuestra narración, nuestros gestos, nuestras altisonantes palabras hubiesen hecho sonreír a nuestros amigos como si les contáramos baladronadas de niños. El ciclón que voy a describir es la experiencia más sobrecogedora, en su brutalidad, que jamás haya tenido que soportar. Y sin embargo, una vez superada cierta medida, ya sólo sé describir

la violencia de los remolinos multiplicando los superlativos que no parecen significar otra cosa que una afición embarazosa a exagerarlo todo.

Lentamente he llegado a comprender la profunda razón de esa impotencia: se quiere describir un drama que no ha existido. Si se fracasa al evocar el horror, es que éste ha sido inventado en ese preciso momento, al revivir los recuerdos. El horror no existe en la realidad.

Por el mismo motivo, al abordar el relato de la sublevación de los elementos por la que he pasado, no siento la impresión de narrar un drama capaz de ser transmitido.

Acababa de abandonar la escala de Trelew, en dirección a Commodoro-Rivadavia, en Patagonia. Por aquella parte se sobrevuela una tierra agrietada como un viejo caldero. Ningún suelo, en parte alguna, muestra tan claramente su usura. Los vientos que persiguen, a través de un entrante en la Cordillera de los Andes, las altas presiones del Pacífico, se estrangulan y aceleran por un estrecho pasillo de cien kilómetros de frente en dirección al Atlántico azotándolo todo a su paso. Vegetación única en un suelo agotado hasta la médula, tan sólo la revisten los pozos de petróleo, lo que le asemeja a un bosque incendiado. De vez en cuando, dominando las colinas redondeadas en las que los vientos tan sólo han dejado un residuo de grava dura, se alzan montañas en forma de rodas, agudas, escarpadas, despojadas de su carne hasta el hueso.

Durante tres meses de verano la velocidad de esos vientos, medida en el suelo, alcanza hasta ciento sesenta kilómetros por hora. Los conocíamos bien. Mis camaradas y yo, una vez franqueado el páramo de Trelew, cuando íbamos a abordar el límite de la zona que ellos barrían, reconocimos su presencia en una especie de azul grisáceo, difícil de describir. Entonces apretamos todavía un poco más el cinturón y los tirantes en previsión de grandes remolinos. Desde ese momento iniciábamos un vuelo penoso, salvando a cada paso invisibles barrancos. Realizábamos un trabajo manual. Durante una hora, con los hombros hundidos por esas variaciones brutales, trabajábamos como cargadores de muelle. Algo más lejos, una hora después, volvíamos a encontrar la calma.

Nuestros aparatos resistían. Teníamos confianza en los ligamentos de las alas. En general, la visibilidad se mantenía buena y no planteaba problemas. Abordábamos esos viajes como una tarea pesada, pero no como un drama.

Pero aquel día no me gustó el color del cielo.

El cielo estaba azul, de un azul puro. Demasiado Puro. Un sol duro brillaba sobre esa tierra pelada y hacía resplandecer, de vez en cuando, sus equinos, limpios hasta el hueso. Ni una sola nube Pero a ese azul puro se mezclaba, como nunca, esa luminosidad de cuchillo afilado.

De antemano sentía la repugnancia vaga que precede a las pruebas físicas. Esa misma pureza del cielo me turbaba.

Delante de esas tormentas de tonos tan sombríos el enemigo deberá dar la cara. Se puede calcular su profundidad y estar preparado paro su asalto. En esas tormentas profundamente sombrías se estrecha al adversario. Pero a una altitud elevada, con tiempo claro, esos remolinos de tempestad azul sorprenden al piloto como si fueran hundimientos y siente el vacío debajo de él.

También observé algo más. Al nivel de las montañas se producía, no la niebla, ni los vapores, como tampoco las cortinas de arena, sino una especie de arrastre de cenizas. No me gustaron nada esas escorias de tierra estéril que el viento arrastraba a mares. Puse lo más tensas posible mis correas de cuero y pilotando con una mano me agarré con la otra a un travesaño del avión. Y no obstante seguía navegando todavía por un cielo excepcionalmente tranquilo.

Al fin se estremeció. Todos conocíamos esos choques secretos que anuncian las tempestades auténticas. Ni un solo cabeceo, ni siquiera sacudidas. No se produce movimiento alguno de gran amplitud. El vuelo continúa rectilíneo y horizontal. Pero se ha recibido en las alas la señal de aviso: golpes espaciados, apenas perceptibles, extraordinariamente secos y que estallan de vez en cuando como si en el aire hubiese restos de pólvora.

De repente todo explotó a mi alrededor.

Nada puedo decir acerca de los dos minutos que siguieron. En mi recuerdo sólo emergen pensamientos rudimentarios, esbozos de razonamientos, simples observaciones. No puedo hacer un drama, porque no lo hubo en absoluto. Tan sólo puedo ordenarlos en una especie de orden cronológico.

En primer lugar, ya no avanzaba un solo paso. Al oblicuar hacia la derecha para corregir una repentina deriva, vi que el paisaje se inmovilizaba poco a poco hasta detenerse totalmente. Ya no ganaba terreno. Mis alas habían dejado de morder el relieve del suelo. Veía oscilar esa tierra, girar sobre su eje, pero siempre en el mismo sitio. El avión patinaba constantemente como un engranaje gastado.

Al propio tiempo tenía la absurda impresión de encontrarme a descubierto. Todas esas crestas, todas esas aristas, todos esos picos que

cavaban sus surcos en el viento y me disparaban sus remolinos, me parecían otros tantos cañones que se habían enfilado contra mí, Así empecé a concebir lentamente la idea de sacrificar mi altitud y buscar, en el fondo de un valle la protección de un flanco de montaña. Además, quisiéralo o no, me sentía aspirado hacia el suelo.

Así, capturado por las primeras oleadas del ciclón, que la experiencia me mostró, veinte minutos más tarde, que a nivel de tierra había alcanzado la fantástica velocidad de doscientos cuarenta kilómetros por hora, no tenía sensación alguna de tragedia. Si cierro los ojos, si me olvido del avión y del vuelo para tratar de expresar mi experiencia en su íntima sencillez, me encuentro en la situación molesta de un mensajero cargado de paquetes, en equilibrio, que se debate por evitar que se le escurra su carga, pesca uno de los objetos con un movimiento brusco que provoca la caída de otro y que, de repente, cuando se encuentra sumergido de manera total en el absurdo, se siente tentado de abrir los brazos y dejar caer toda su carga. Mi espíritu no estaba atormentado por imagen alguna de peligro. Hay una especie de ley que sirve del mejor modo para expresar una imagen: encerrar esa experiencia en el símbolo que la resume. Yo era ese personaje cargado de vajilla, que ha resbalado sobre el pavimento dejando caer toda su carga de porcelana.

Quedé, pues, prisionero de un valle. Lejos de atenuarse, mi incomodidad había aumentado. Bien es verdad que los remolinos jamás han matado a nadie. Todos sabemos que la frase: «lanzado contra el suelo por los remolinos» es sólo una expresión periodística. ¿Cómo podría el viento descender bajo tierra? Pero hoy, en el fondo de mi valle, he perdido en tres cuartas partes el control de mi aparato. Y allí, delante mismo, se encuentra ese pedazo de roca balanceándose de derecha a izquierda, escalando bruscamente el cielo y que, por un segundo, me domina, antes de caer de nuevo bajo el horizonte.

El horizonte… ya no existe el horizonte, Me encuentro como encerrado entre los bastidores de un teatro, donde se acumulan los decorados. Verticales, oblicuos, horizontales… todas las líneas se mezclan. Cien valles transversales me confunden con sus perspectivas. No tengo tiempo de situarme cuando una erupción me hace virar un cuarto de vuelta y girar. Y de nuevo he de liberarme de ese enredo. Entonces surgen en mí dos ideas. La primera se trata de un descubrimiento.

Hasta hoy no he llegado a comprender la causa de determinados accidentes de avión ocurridos en la montaña y que resultan inexplicables por la ausencia de niebla. En este vals del paisaje los pilotos han confundido por

un momento las vertientes oblicuas y los planos horizontales. La otra es una idea fija; es necesario que alcance la mar. La mar es lisa. No puedo tropezar en la mar.

Y viró, si viraje puede llamarse a esta danza vagamente dirigida hacia los valles del Este. Tampoco ahora nada es demasiado patético. Lucho contra el desorden, me agoto contra el desorden, me extenúo tratando de poner en pie un gigantesco castillo de cartas que se desmorona continuamente. Apenas siento un miedo elemental cuando una de las paredes de mi prisión se alza contra mí semejante a una ola gigantesca. Apenas me estremezco con las zancadillas que me lanzan las aristas vivas cuando paso por sus remolinos. Cuando saltan esos polvorines invisibles. El único sentimiento claro que advierto en esa mezcla de sentimientos confusos es el del respeto. Siento desorden, me agoto contra el desorden, me extiendo tratando de poner en pie un gigantesco castillo de cartas que se desmorona continuamente. Apenas siento un miedo elemental cuando una de las paredes de mi prisión se alza contra mí semejante o una ola gigantesca. Apenas me estremezco con las zancadillas que me lanzan las aristas vivas cuando paso por sus remolinos. Cuando saltan esos polvorines invisibles. El único sentimiento claro que advierto en esa mezcla de sentimientos confusos es el del respeto. Siento respeto por ese pico. Por esa aguda arista. Por esa cúpula. Por ese valle transversal que desemboca en el mío y va a provocar Dios sabe qué nuevos remolinos, al mezclar su torrentera de viento con la que ya me zarandea.

Y de esta forma descubro que no lucho contra el viento, sino contra la propia arista, contra esa cresta, contra la roca. Pese a la distancia estoy luchando contra esa roca. Es ella la que se enfrenta conmigo mediante el juego de prolongación invisible, por el juego de músculos secretos. Delante, a mi derecha, reconozco el pico de Salamanca, un cono perfecto que sé que domina la mar. ¡Así, pues, voy a salir a la mar! Pero antes necesito pasar bajo el viento de ese pico. Bajo su «plegadura», como nosotros decimos. El pico de Salamanca es un gigante y yo siento respeto por el pico de Salamanca.

Tengo un segundo de descanso… quizá dos segundos. Algo se anuda, se ata, se aprieta. Simplemente me siento asombrado. Abro mucho los ojos. Me parece que todo mi avión vibra, se extiende, se amplifica. En su sitio, horizontal, se ha elevado quinientos metros, en una especie de florecimiento. De repente domino a mis enemigos, yo, que durante cuarenta minutos no había podido elevarme a más de sesenta metros. El avión tiembla como en una caldera. El océano se me ofrece en toda su amplitud. El valle se abre frente a ese océano, frente a la salvación…

Y hete aquí que, sin transición, recibo en el vientre, a mil metros de él, el golpe del pico de Salamanca. Todo se pone fuera de mi alcance. Y me siento volteado hacia la mar.

Ya me encuentro frente a la costa, a todo motor. Perpendicular a la costa. En un minuto han pasado infinidad de cosas. En primer lugar no he desembocado en la mar. He sido escupido hacia la mar como a impulso de una tos monstruosa, vomitado de mi valle como por la boca de un cañón. Cuando, a mi juicio, he virado tres cuartos para controlar mi distancia de la costa, la diviso a diez kilómetros, azul como una orilla extranjera. Y el dentado de esos montes bien recortados en el puro cielo, me hacen el efecto de una fortaleza almenada. La fuerza de los vientos contrarios me lanza a ras de las aguas e instantáneamente sé la velocidad de la perturbación que trato de superar, comprendiendo demasiado tarde mi error. A todo motor, a doscientos cuarenta kilómetros por hora (velocidad máxima en aquella época) y a veinte metros de la espuma, no avanzaba en absoluto.

Un viento semejante, cuando se desata en una selva tropical, ataca las ramas como una llama, las retuerce en espiral y arranca de raíz los árboles gigantes como si se tratase de rábanos… Aquí, atacando desde lo alto de las montañas, vencía a la mar.

Aferrado a mi motor, frente a la costa, contra ese viento que se deslizaba por cada accidente del suelo como un reptil por su surco, parecía que me aferraba al extremo de un látigo monstruoso que restallase sobre la mar.

A esa latitud América se estrecha ya algo y la cordillera de los Andes queda un poco lejos del Atlántico. No me debatía tan sólo en los pliegues de los montes costeros, sino también contra todo el cielo que oscilaba sobre mí desde lo alto de la cordillera de los Andes. Por primera vez después de cuatro años sirviendo para los aviones de línea, llegué a dudar de la resistencia de mis alas. Temía también enfilar la mar, no sólo a causa de los remolinos descendentes que forzosamente formaban a nivel suyo un somier horizontal, sino también por las posiciones acrobáticas en que me sorprendían. A cada vuelo en picado más dudaba de poder enderezarme sin que hubiese chocado. Pero lo que sobre todo temía era, simplemente, zozobrar, una vez agotada la gasolina, lo que hubiese sido fatal. Y, en efecto, eran tales las sacudidas, que la inercia de la gasolina en los depósitos medio llenos o en las tubuladuras provocaba paradas continuas del motor, que emitía un extraño lenguaje morse, compuesto de puntos y rayas en vez de un ronquido homogéneo.

Sin embargo, aferrado a los mandos de mi pesado avión de transporte, absorto en la lucha física, no albergaba otros sentimientos que los

rudimentarios y observaba, sin sentir nada, las huellas del viento sobre el mar. Veía grandes charcos blancos, de ochocientos metros de envergadura, correr sobre mí a doscientos cuarenta kilómetros por hora, allí donde las trombas descendentes se dividían contra los aguas en explosiones horizontales.

La mar se divisaba, a la vez, verde y blanca. De un blanco azúcar machacado y salpicado de manchas de un verde esmeralda. En ese tumulto desordenado no podía distinguir las olas unas de otras. Auténticos torrentes se desgranaban sobre el mar. Los vientos imprimían huellas descomunales, como cuando, en otoño, en las recolecciones, un remolino gigantesco se propagaba a través del trigo. A veces, entre las playas, una absurda transparencia ofrecía la visión de un fondo verde y negro. Luego, la gran vidriera del mar se partía en mil destellos blancos.

La verdad es que me consideraba perdido. Después de veinte minutos de lucha no había logrado avanzar cien metros. Además, el vuelo se hacía tan difícil a diez kilómetros de los acantilados, que me preguntaba cómo podría resistir los remolinos si llegaba a acercarme. Avanzaba hacia unas baterías que disparaban contra mí. Pero ¿cómo hubiese podido sentir miedo? Me encontraba absolutamente vacío de cualquier otro pensamiento que no fuese la imagen de un sencillo acto. Elevarme. Y seguir elevándome. Remontar.

No obstante gocé de unos instantes de descanso. Sin duda ese respiro tenía bastante similitud con las tormentas más violentas con que hasta entonces me enfrentara pero, en comparación, disfrutaba de un gran descanso. La rapidez de los ataques disminuía algo. Y podía prever esos descansos. No ero yo quien me dirigía hacia esas zonas de relativa calma, sino que eran esos oasis casi verdes, bien destacados sobre el mar, los que se deslizaban hacia mí. Leía claramente sobre las aguas la proximidad de un lugar habitable. Y cada vez, durante ese descanso temporal, recuperaba el don de pensar y de sentir. Entonces me consideraba perdido. Entonces la angustia me invadía poco a poco. Y cuando veía acercárseme una nueva ofensiva blanca, me sentía dominado por un pánico pasajero, hasta el momento preciso en que chocaba, en el confín del hervidero, contra mi invisible mar. A partir de entonces no volvía a sentir nada.

¡Ascender! Era un deseo obsesivo. La zona de calma se me aparecía infinitamente profunda. Entonces volvía nacer en mí esa esperanza sorda: «Voy a tomar altura… más arriba encontraré otras corrientes que me permitirán avanzar… allá voy…». Aprovechaba entonces la tregua para intentar apresuradamente la escalada. Resultaba dura, ya que los vientos

contrarios seguían siendo adversarios sólidos. Cien metros…, doscientos metros…, y pensaba: «Si alcanzo los mil metros estoy salvado». Pero distinguía en el horizonte la jauría blanca desatada contra mí. Y cedía el sitio para no recibir el golpe en pleno pecho, para no ser sorprendido en posición peligrosa. Demasiado tarde, La primera zancadilla me hizo vacilar. Y el cielo se me apareció como una especie de domo resbaladizo en el que no lograba sostenerme.

¿Cómo se dan órdenes a las propias manos? Acabo de hacer un descubrimiento que me espanta. Mis manos están inertes. Mis manos están muertas. No me envían ninguna reacción. Sin duda hace mucho tiempo que sucede eso, pero no lo había observado. Lo realmente grave es notarlo, plantearse esa cuestión…

Efectivamente, las torsiones de las alas arrastraban los cables de mando e imprimían a mi volante sacudidas desordenadas. Durante cuarenta minutos me he aferrado a él, con todas mis fuerzas, para amortiguar algo esos choques por temor a que hiciesen saltar los cables. He apretado demasiado y ya no tengo sensación alguna en las manos.

¡Qué descubrimiento! Mis manos son unas manos extrañas. Las contemplo, separo un dedo: me obedece. Vuelvo a mirar. Adopto la misma decisión. No sé si el dedo me obedece. No he recibido ninguna reacción. Pienso: «Si mis manos se abriesen, ¿cómo lo sabría?». Y bruscamente las miro. Siguen cerradas, pero he tenido miedo, ¿Cómo distinguir la imagen de una mano que se abre de la decisión de abrirla, cuando ya no existe intercambio de sensaciones entre esa mano y el cerebro? ¿Cómo reconocer la imagen y el acto de voluntad? Es preciso ahuyentar la imagen de las manos que se abren. Viven una vida propia. Es necesario evitarles esa monstruosa tentación. Y heme aquí lanzado a una absurda letanía que ya no volveré a interrumpir ni una sola vez hasta el final del vuelo. Un solo pensamiento. Una sola imagen. Una sola frase que recito incansablemente: «Aprieto las manos… Aprieto las manos… Aprieto las manos…». Me he condenado totalmente en esa frase y ya no existen ni la mar blanca, ni los remolinos, ni los montañas almenadas. Lo único real es que aprieto las manos. Ya no hay ni peligro, ni ciclón, ni tierra perdida. Hay en alguna parte unas manos de caucho que si, tan sólo una vez, dejan escapar el volante, no tendrán tiempo de recobrarse y de dominar la caída antes de llegar a la mar.

No sé nada. No siento más que me vacío. Me vacío de toda mi fuerza así como de mi deseo de luchar. Mi motor prosigue su lenguaje morse, punto,

raya, crujidos bruscos de una sábana que se desgarra. Cuando el silencio se prolonga por más de un segundo tengo la impresión de que se me para el corazón. Las bombas se han desconectado… ¡Todo ha terminado! No, vuelven a funcionar…

En el termómetro de ala leo treinta y dos grados centígrados bajo cero. Pero yo me encuentro bañado en sudor de los pies a la cabeza. El sudor me corre por el rostro. ¡Vaya baile! Inmediatamente comprobaré que mi batería de acumuladores ha arrancado sus bridas de acero y se ha estrellado contra el techo perforándolo. También observaré que los nervios de las alas se han desprendido y que algunos cables de mando están limados casi totalmente.

Sigo vaciándome. Ignoro cuándo me abatirá la indiferencia de las grandes fatigas y el gusto fúnebre del reposo.

¿Qué puedo ya contar? Nada. Me dueles los hombros. Me duelen mucho. Como si hubiese acarreado sacos muy pesados. Me inclino. En un charco verde diviso, a través de su transparencia, un fondo tan próximo que distingo todos los detalles. Pero la rodilla del viento pulveriza la imagen.

Después de una lucha que ha durado una hora y veinte minutos he logrado una ascensión de trescientos metros. Un poco hacia el Sur he divisado sobre la mar un largo reguero, una especie de río *azul*. Decido dirigirme hacia ese río, Aquí no avanzo, pero tampoco retrocedo. Si alcanzo esa ruta resguardada por no sé qué interferencias, tal vez pueda remontar lentamente hacia la costa. Derivo pues hacia mi izquierda. También me parece que ha cedido la violencia del viento.

He necesitado una hora para cubrir diez kilómetros. Después, resguardado por los acantilados, he descendido hacia el Sur. Ahora intento remontarme para enfilar, sobre las tierras, en dirección al campo de escala. Logro mantenerme a trescientos metros de altura. El tiempo aunque sigue siendo atroz, no tiene ni punto de comparación. Por fin ha terminado…

En el campo percibo ciento veinte soldados. Los han llamado por mí, a causa del ciclón. Aterrizo, en medio de ellos. Después de una hora de maniobras, se ha logrado meter el avión en el hangar. Desciendo de mi puesto. No cuento nada o los camaradas. Tengo sueño. Agito lentamente los dedos que no logro desentumecer. Casi no puedo creer que hace un momento he tenido miedo. ¿Lo he tenido? He asistido a un espectáculo extraño. ¿Qué espectáculo? No lo sé, Debería contar mi aventura ¡pues llego de tan lejos! Pero no puedo explicar bien los acontecimientos que han tenido lugar. «Imaginaos una mar blanca… muy blanca… siempre blanca…». Nada puede

comunicarse multiplicando los epítetos. Nada se logra transmitir con esos balbuceos.

No se comunica nada porque nada hay que comunicar. Esos pensamientos que han atravesado vuestras entrañas, ese dolor de hombros no contienen ningún auténtico drama. Tampoco lo hay en ese cono del pico de Salamanca. Estaba cargado como un polvorín, pero si lo cuento se van a reír. Yo mismo… He sentido respeto por el pico de Salamanca. Eso es todo. Y verdaderamente no es un drama.

Tan sólo en las cuestiones humanas existe el drama y el patetismo. Tal vez mañana, excitado, embelleceré mi aventura imaginándome a mí mismo un ser viviente que marcha por la tierra de los hombres, perdido en el ciclón. Haré trampa, ya que el que luchaba con los brazos y los muslos contra ese ciclón, no puede compararse a ese hombre feliz de mañana. Estaba demasiado absorto.

Tan sólo he obtenido un ligero botín, sólo he logrado un descubrimiento insignificante. He aquí mi testimonio: ¿cómo se distingue el acto de voluntad de una simple imagen cuando no se transmiten las sensaciones?

Posiblemente hubiese logrado conmoveros contándoos la leyenda de algún niño injustamente castigado. Pero os he mezclado en un ciclón sin llegar tal vez a atormentaros. De la misma manera ¿no asistimos cada semana, apoltronados en nuestras butacas, en el cine, al bombardeo de Shangai? Podemos admirar, sin horror, los cordones de hollín y cenizas que esas tierras volcánicas lanzan lentamente hacia el cielo. Y sin embargo, al propio tiempo que el grano de los graneros, la herencia de generaciones, los tesoros familiares, es la carne de esos niños abrasados, la que transformada en humo abona lentamente ese cúmulo negro.

Pero el propio drama físico sólo nos conmueve cuando nos muestra el sentido espiritual que posee.

CARTA A LOS FRANCESES

Al día siguiente del desembarco anglo-americano en África del Norte y de la ocupación de la zona sur por los alemanes. Saint-Exupéry publicó, el 30 de noviembre de 1942, en el «Canadá», de Montreal, un gran artículo sobre la necesidad de unión de todos los franceses. Ese artículo, traducido al inglés, apareció la víspera en el «New York Times Magazine», ilustrado por «la Marseillaise» de Rude, Se trata de un llamamiento, escrito apresuradamente, radiodifundido por todas las emisoras americanas que emitían en lengua francesa y reproducido en parte por los periódicos de África del Norte.

Véase «New York Times Magazine» de 29 de noviembre de 1942 y «Pour la Victoire» del 19 de diciembre de 1942

¡Ante todo, Francia!

La noche alemana ha terminado de sepultar el territorio. Todavía podemos saber algo de los que amamos. Todavía podemos expresarles nuestra ternura, ya que no compartir el mal pan de su mesa. Les oímos respirar desde lejos. Todo ha terminado. Francia es tan sólo silencio. Se encuentra perdida en la noche, en alguna parte, con las luces apagadas, como un navío. Su conciencia y su vida espiritual se han amontonado en su densidad. Ignoraremos hasta el nombre de los rehenes que Alemania fusilará mañana.

En las cuevas de la opresión siempre se preparan las nuevas verdades. No nos sintamos matamoros. Son cuarenta millones los que habrán de dirigir su esclavitud. No llevaremos la llama espiritual a quienes ya la alimentan con su propia sustancia, como de un cirio. Ellos resolverán mejor que nosotros los problemas franceses. Harán uso de todos los derechos. Nada de nuestra verborrea en materia de sociología, de política, incluso de arte, tendrá influencia alguna sobre su pensamiento. No leerán nuestros libros. No escucharán nuestros discursos. Nuestras ideas tal vez les hagan vomitar.

Seamos infinitamente modestos. Nuestras discusiones políticas son discusiones de fantasmas y nuestras ambiciones resultan cómicas. Nosotros no representamos a Francia. Lo único que podemos hacer es servirla. Hagamos lo que hagamos no tendremos derecho a ningún reconocimiento. No existe medida común entre el combate libre y el aplastamiento en la noche. No existe medida común entre el oficio de soldado y el de rehén. Sólo los que están allí son santos auténticos. Aun cuando a nosotros se nos conceda el inmediato honor de participar en el combate, todavía estaremos en deuda. No somos más que un montón de deudas. Esa es, ante todo, la verdad fundamental.

Franceses, reconciliémonos para prestar servicio.

Diré primero unas palabras, para tratar de purgarlos, sobre los pleitos que han atormentado a los franceses. Pues existe un malestar francés. Un malestar grave. Muchos de nosotros, que han sufrido desgarros en su conciencia, necesitan ser calmados. Que se calmen. Gracias al milagro de la acción americana los caminos más diversos desembocan todos en la misma plaza. ¿Por qué atascarse con antiguos pleitos? Es necesario unir en vez de dividir, abrazar y no rechazar.

¿Es que nuestros pleitos valen la pena de nuestro odio? ¿Quién podrá nunca pretender que tiene absolutamente razón? El campo visual del hombre es diminuto, el lenguaje un instrumento imperfecto. Los problemas de la vida anulan todas las fórmulas. Todos anhelamos salvar a Francia, pero resulta que para lograrlo es necesario salvar su espíritu y su carne.

¿Qué valor tiene la herencia espiritual si ya no quedan herederos? ¿Y de qué sirve el heredero si el espíritu ha muerto?

Tanto unos como otros condenábamos cualquier espíritu de colaboración entre Francia y Alemania. Pero, en tanto que unos acusaban a Francia de traición, otros sólo leían en su comportamiento el resultado de un chantaje total. Era absolutamente necesario que un síndico de quiebra negociase con el vencedor la cesión a Francia de un poco de grasa para nuestros vagones de ferrocarril (Francia ya no dispone de gasolina, ni siquiera de caballos para alimentar a sus ciudades). Los oficiales de las Comisiones de Armisticio os informarán más tarde sobre ese chantaje permanente y atroz. Ni siquiera media vuelta en la llave de los suministros de víveres y morían cien mil niños más durante los próximos seis meses. Cuando un rehén muere bajo los fúsiles, su sacrificio resplandece, su muerte sirve de cimiento a la unidad francesa. Pero cuando los alemanes ejecutan, por la mera demora en un acuerdo sobre

la grasa, a cien mil rehenes de cinco años, nada puede compensar esa lenta y silenciosa hemorragia

¿Qué porcentaje se puede aceptar de niños muertos? ¿Hasta qué grado son tolerables las concesiones para salvarlos? ¿Quién puede hacerse responsable?

Tampoco ignoráis que una denuncia por parte de Francia de los convenios del armisticio, equivaldría jurídicamente al retomo al estado de guerra, y ello permitiría al ocupante a hacer prisioneros de guerra a todos los hombres en edad de movilización. Ese chantaje pesaba sobre Francia. La amenaza ha sido formulada. El chantaje alemán no bromea. Ahora bien, el pudridero de los campos alemanes sólo devuelve cadáveres. Así, pues, nuestro país estaba amenazado con el exterminio puro y simple de seis millones de hombres adultos bajo apariencias legales y administrativas. Para oponerse a esa caza de esclavos, Francia disponía de palos. ¿Quién podría realmente juzgar lo que hubiese debido ser su resistencia?

He aquí, por último, que el establecimiento aliado en setenta y seis horas en África del Norte, demuestra tal vez que Alemania, pese a la crueldad de sus chantajes, no había logrado bloquear totalmente a África del Norte. Así, pues, es verdad que ha habido, en alguna parte de Francia, hechos de resistencia. Tal vez la victoria en África del Norte se deba en parte a nuestros quinientos mil niños muertos, ¿Quién se atrevería a decirnos que esa cifra es insuficiente? ¡Ah, franceses! Para hacer la paz entre nosotros bastaría con reducir nuestras disensiones a sus proporciones reales. Tan sólo disentimos sobre el valor que ha de atribuirse al chantaje nazi.

Unos pensaban: «Si los alemanes quieren aniquilar al pueblo francés, lo harán pese a todo. El chantaje sólo merece desprecio. Nada impone a Vichy una decisión o una palabra dada».

Otros pensaban: «No sólo se trata de un chantaje cualquiera, sino de diez cuya crueldad es única en la historia del mundo. Francia, que se niega a las concesiones esenciales, sólo dispone de astucias retóricas para diferir, un día tras otro, su aniquilamiento. Cuando Ulises o Talleyrand quedan desarmados, tan sólo pueden engañar a su adversario con palabras».

¿Creéis, franceses, que esas opiniones diversas sobre las intenciones reales de un Gobierno ya extinto merecen que continuemos odiándonos? (Cuando los ingleses y los rusos combaten hombro con hombro, dejan para más adelante unas divergencias mucho más graves). Nuestras divergencias de opinión mantienen intacto nuestro odio común contra el invasor. Todos nos indignamos junto al pueblo de Francia por la entrega de refugiados

extranjeros que violaba el derecho de asilo. Ahora bien, los pleitos que todavía subsistían, ya no tienen, siquiera razón de ser: Vichy ha muerto,

Vichy se ha llevado a la tumba sus inextricables problemas, su personal contradictorio, sus sinceridades y sus engaños, sus cobardías y su valor. Dejemos de manera provisional el papel de juez a los historiadores y a las cortes marciales de la posguerra. Es más importante servir a Francia en el momento presente que discutir sobre su Historia.

La ocupación alemana ha resuelto todo los pleitos y colmado nuestros dramas de conciencia. Franceses ¿queréis reconciliaros? Entre nosotros ya no existe ni la sombra de un motivo real de discusión. Abandonemos todo espíritu partidista. ¿En nombre de qué habríamos de odiamos…? ¿Qué motivo tendríamos de sentir envidia? No se trata de ocupar puestos, no se trata de quién llegará más pronto a ellos. Los únicos puestos disponibles son los de soldados, y tal vez algún lecho tranquilo en un pequeño cementerio de África del Norte.

En la ley militar francesa la edad reglamentaria alcanza los cuarenta y ocho años. Ya no se trata de saber si deseamos o no consagramos. Nos pedirán, para conseguir que se incline la balanza, que nos sentemos sencillamente, todos juntos, sobre su platillo.

No obstante, aunque nuestros antiguos pleitos hayan pasado a la historia, existe otro peligro de desunión. Tengamos, franceses, el valor de superarlo. Algunos de nosotros se oponen a un jefe en nombre de tal otro. Ven surgir en el horizonte el espectro de la injusticia, ¿Por qué complicarse la vida? No hay que temer ninguna injusticia, De ahora en adelante ninguno de nuestros intereses personales puede ser lesionado. Cuando un albañil se consagra a la construcción de una catedral, ésta no podría perjudicar al albañil. El único papel que se espera que desempeñemos es un papel bélico. Me siento maravillosamente asegurado contra toda injusticia. ¿Quién puede mostrarse injusto conmigo ya que el único sueño que acaricio es el de reunirme en Túnez con los camaradas del grupo 2-33, en compañía de los cuales he vivido nueve meses de campaña, seguido de la dura ofensiva alemana que dio como resultado el sacrificio de los dos tercios de nuestras tripulaciones, y más tarde la evasión a África del Norte, la antevíspera del armisticio? No disputemos entre franceses en nombre de puestos, homenajes concedidos, justicia, prioridad. Nada de eso se nos ofrece. Se nos ofrecen fusiles. Habrá para todos.

Si me siento tan absolutamente tranquilo es porque, una vez más, reconozco que no tengo vocación para hacer de juez. El conjunto al que me incorporo no es un partido ni una secta: es mi país. Poco importa a las órdenes

de quien estemos. La estructura provisional francesa es un asunto de Estado. Que Inglaterra y los Estados Unidos lo hagan lo mejor que puedan. Si nuestra ambición estriba en apretar el gatillo de una ametralladora, nos preocuparemos poco de las decisiones que consideremos secundarias. El jefe auténtico es esta Francia condenada al silencio. Odiemos los partidos, los clanes y las divisiones.

Si el único voto que formulamos (tenemos derecho a hacerlo porque nos une a todos), es el de obedecer hoy a jefes militares en lugar de jefes políticos, es porque el saludo de un soldado a otro, no honra al que saluda ni a un partido, sino a la nación. Sabemos lo que el general De Gaulle y el general Giraud piensan de la autoridad: sirven. Son los primeros servidores. Eso nos basta, ya que todos los pleitos que ayer hubiesen podido frenamos hoy están suspendidos o absorbidos por el presente.

Ese es, a mi entender, el punto en que nos encontramos. Ha de evitarse que nuestros amigos de los Estados Unidos se formen una imagen falsa de Francia. Se considera en cierto modo a los franceses como un canasto de cangrejos. Es injusto. Los polemistas hablan solos. Aquellos que se callan hacen poco ruido.

Propongo a todos los franceses que hasta ahora han callado, que tranquilicen a *Monsieur* Cordell Hull acerca de nuestro estado de espíritu auténtico, saliendo una vez, sólo una, de su silencio y enviándole cada uno, individualmente, un telegrama de este tipo:

«Solicitamos el honor de servir en la forma que sea. Deseamos la movilización militar de todos los franceses que se encuentren en Estados Unidos. Aceptamos de antemano aquella estructura que sea considerada la más conveniente. Pero, condenando todo espíritu de división entre franceses, la deseamos ajena, simplemente, a la política».

El State Department se llevará una gran sorpresa ante el número de franceses que se declararán favorables a la unión. Y sin embargo, pese a nuestra reputación, la mayoría de nosotros sólo alientan, en el fondo de su alma, el amor hacia su civilización y hacia su país.

Franceses, ¡reconciliémonos! Cuando nos encontremos enfrentados, a bordo de un bombardero, a cinco o seis «Messerschmitt», nuestros antiguos pleitos nos harán sonreír. Al regresar en 1940, de una misión, a bordo de un avión agujereado de balas como un colador, bebí con júbilo un excelente «Pernod» en el bar de mi escuadrilla. Y ganó mi «Pernod» al póquer de ases, unas veces a un camarada monárquico, otras a uno socialista y algunas al

teniente Israel, el más valiente de todos nosotros y que era judío. Y hacíamos trampas con profunda ternura.

«CARTA AL GENERAL X»

Escrita en La Marsa, cerca de Túnez, en Julio de 1943.

Véase «Le Fígaro littéraire», núm. 103, de 10 de abril de 1948.

Acabo de realizar algunos vuelos con el «P-38». Es una hermosa máquina, Me hubiese sentido feliz de recibir semejante regalo al cumplir los veinte años. Y compruebo con melancolía que hoy, a mis cuarenta y tres, después de unas seis mil quinientas horas de vuelo por todos los cielos del hemisferio, ese juego ya no me produce demasiado placer. Es tan sólo un instrumento de transporte, en este caso, de guerra. Si en una edad ya patriarcal para este oficio, me someto a la velocidad y a la altura, es más bien por no evitar ninguna de las pejigueras de mi generación que no por la esperanza de volver a encontrar las satisfacciones de antaño.

Esto tal vez parezca melancólico, pero acaso no. Pienso que es a los veinte años cuando me equivocaba. En octubre de 1940, de regreso de África del Norte, donde emigrara el grupo 2-33, encontrándose mi coche olvidado, exangüe en algún garaje polvoriento, descubrí el valor de una carretela y un caballo. Y con ellos la hierba de los caminos. Los corderos y los olivares. Esos olivares tenían otra función que la de llevar un ritmo en su desfile tras los cristales a ciento treinta kilómetros por hora. Se mostraban en su compás real, que es el de producir lentamente las aceitunas. Los corderos no tenían como fin exclusivo servir de alimento al hombre. Revivían. Soltaban auténticas cagadas y fabricaban lana verdadera. Y la hierba también tenía sentido porque en ella ramoneaban.

Y empecé a revivir en este rincón del mundo en que el polvo es perfumado (soy injusto, pues en Grecia ocurre igual que en Provenza), Me ha parecido que durante toda mi vida he sido un imbécil…

Todo ello para explicar que esta existencia gregaria en el corazón de una base americana, esas comidas trasegadas de pie en diez minutos, ese vaivén

entre los monoplazas de 2600 CV en una especie de construcción abstracta en la que nos amontonamos tres en cada cámara, en una palabra ese terrible desierto humano, no tiene nada que acaricie mi corazón. Esto también, al igual que las misiones sin provecho o sin esperanza de retomo, en junio de 1940, es una enfermedad transitoria. Estoy «enfermo» durante no sé cuánto tiempo. Pero no me arguyo el derecho de evitar esa enfermedad. Eso es todo. Hoy estoy profundamente triste, y hasta el fondo. Me siento triste por mi generación, que carece de toda sustancia humana. Que no habiendo conocido otra forma de vida espiritual que el bar, las Matemáticas y los «Bugatti», se encuentra hoy en una acción estrictamente gregaria sin tonalidad alguna. Nada tiene que la distinga. Veamos el fenómeno militar de hace cien años. Consideremos los enormes esfuerzos que hacían falta para responder a la vida espiritual, poética o simplemente humana del hombre. Hoy, que nos encontramos más secos que ladrillos, sonreímos ante esas simplezas. Las costumbres, las banderas, los cánticos, la música, las victorias (hoy en día no existe ni una victoria que posea la densidad poética de un Austerlitz. Sólo existen fenómenos de digestión lenta o rápida), todo lirismo parece ridículo y el hombre se niega a que despierten en él cualquier clase de vida espiritual. Realizaron con toda honradez una especie de trabajo en cadena, Como dice la juventud americana: «Aceptamos honradamente este *job* ingrato» y la propaganda, en el mundo entero, se bate los flancos con desesperación. Su enfermedad no consiste en la ausencia de talentos particulares, sino en la prohibición que se le ha hecho de apoyarse, sin parecer vulgar, en los grandes mitos refrescantes. La Humanidad, en su decadencia, ha caído desde la tragedia griega al teatro de *Monsieur* Louis Verneuil (no se puede ir más lejos). Es el siglo de la publicidad, del sistema Bedeaux, de los regímenes totalitarios y de los ejércitos sin clarines ni banderas, sin misa para los muertos. Odio mi época con todas mis fuerzas. El hombre se muere de sed.

¡Ah, general! En el mundo no hay más que un problema y sólo uno. Dar al hombre un significado espiritual, inquietudes espirituales. Derramar sobre él algo parecido a un canto gregoriano. Si yo tuviese fe es bien seguro que una vez transcurrida esta época de «*job* neceario e ingrato», no soportaría otra cosa que Solesmes. Ya es imposible vivir de *frigidaires*, de política, de balances y de crucigramas. Ya no se puede. No se puede seguir viviendo sin poesía, sin color, sin amor. Tan sólo escuchando una canción campesina del siglo XV se comprende hasta dónde hemos descendido. Ya no queda otra cosa que la voz del robot de la propaganda. (Perdónenme). Dos mil millones de hombres no oyen otra cosa que el robot, sólo comprenden el robot, se hacen

robots. Todos los desastres de los treinta años últimos tienen únicamente dos orígenes: los atolladeros del sistema económico del siglo XIX y la desesperación espiritual. ¿Por qué Mermoz ha seguido al gran papanatas de su coronel, sino por sed? ¿Por qué Rusia? ¿Por qué España? Los hombres han ensayado los valores cartesianos; no han tenido éxito excepto en las ciencias naturales. No hay más que un problema, uno solo: volver a descubrir que existe una vida del espíritu más elevada todavía que la vida de la inteligencia y que es la única que satisface al hombre. Ello desborda el problema de la vida religiosa de la que tan sólo es una forma (aunque tal vez la vida del espíritu conduzca necesariamente hasta esa otra). Y la vida del espíritu comienza cuando se concibe un ser absoluto, por encima de los materiales que lo componen. El amor a la familia (ese amor desconocido en los Estados Unidos) forma ya parte de la vida del espíritu.

Y la fiesta campesina y el culto a los muertos (cito esto porque después de haber llegado aquí se han matado dos o tres paracaidistas, pero se ha silenciado el hecho: habían terminado su servicio). Todo ello pertenece a la época, aunque no sólo de América: el hombre ya no tiene sentido.

Es absolutamente necesario hablar a los hombres.

¿De qué servirá ganar la guerra si durante cien años hemos de tener crisis de epilepsia revolucionaria? Cuando se haya solucionado la cuestión alemana, empezarán a plantearse los problemas auténticos. Es poco probable que esta vez, como ocurriera en 1919, al terminar la guerra, baste para distraer a la Humanidad, la especulación sobre los *stocks* americanos. A falta de una corriente espiritual vigorosa, surgirán como champiñones, treinta y seis sectas que se subdividirán. El propio marxismo, demasiado anticuado, se descompondrá en una multitud de neomarxismos contradictorios. Se ha visto claramente en España. A menos que un César francés nos instale en un campo de concentración neosocialista por toda la eternidad.

¡Oh! ¡Qué extraño este atardecer, qué extraño clima! Observo desde mi habitación cómo van encendiéndose las ventanas de esos edificios sin rostro. Oigo varios aparatos de radio que lanzan su música condensada a esa multitud ociosa, llegada del otro lado de los mares y que ni siquiera conoce la nostalgia.

Se puede confundir esa aceptación resignada con el espíritu de sacrificio o con la grandeza moral. Ello sería un magnifico error. Los lazos afectivos que hoy unen al hombre con los seres y las cosas son tan poco densos, tienen tan poca profundidad, que el hombre ya no siente la ausencia como antaño. Es la expresión terrible de esa historia judía: «¿Entonces te vas a allí? ¡Qué lejos

estarás! Lejos… ¿de dónde?». El «dónde» que han abandonado ya no era más que un enorme manojo de costumbres, En esta época de divorcio, existe la misma facilidad para divorciarse de las cosas. Se cambian los frigoríficos. Y la casa también, si no es más que un alzado. Y la mujer. Y la religión. Y el partido. No se puede, ni siquiera ser infiel: ¿a quién podría ser infiel? ¿Lejos de donde e tonel a quién? Desierto del hombre.

¡Qué prudentes y tranquilos son estos hombres en grupo! Pero yo pienso en los marinos bretones de antaño que desembarcaban en Magallanes, en la Legión Extranjera, abandonados en una ciudad en esas ansias complejas de apetitos violentos y de nostalgia intolerable que alimentan los machos apriscados con demasiada severidad. Para contenerlos se necesitaba siempre gendarmes fuertes, principios arraigados o tal vez una fe profunda. Pero ninguno de ellos hubiese faltado el respeto a una guardadora de gansos. Al hombre de hoy se le mantiene tranquilo, según el estrato social, con la belote o el *bridge*. Estamos fantásticamente bien castrados. Así, somos al fin libres. Nos han cortado los brazos y las piernas y luego nos han dejado libres para andar. Pero odio esta época en la que el hombre se convierte, bajo un totalitarismo que impone. Se define al hombre como productor o como consumidor. El problema esencial es el de la distribución. De ahí las granjas modelos. Lo que odio en el nazismo es el totalitarismo al que pretende por su misma esencia. Se hace desfilar a los obreros del Ruhr ante un Van Gogh, un Cézanne y un cromo. Naturalmente votan por el cromo. ¡He ahí la verdad del pueblo! Se aísla sólidamente en un campo de concentración a los candidatos de Cézanne, a los candidatos de Van Gogh, a todos los grandes inconformistas y se alimenta con cromos a un ganado sumiso. Pero ¿adónde van los Estados Unidos, adonde también nosotros mismos en esta época de mecanización universal? El hombre robot, el hombre termita, el hombre oscilando del trabajo a la cadena del sistema Bedeaux, a la belote. El hombre castrado de todo su poder creador y que ni siquiera sabe, en las profundidades de su pueblo, crear una danza o una canción. El hombre a quien se alimenta con la cultura de confección, con la cultura standard, como se alimenta a los bueyes con heno. Eso es el hombre de hoy en día.

Y yo pienso que no hace todavía trescientos años se pudo escribir *La princesa de Clèves*. O encerrarse en un convento para toda la vida a causa de un amor perdido: tan ardiente era el amor. Hoy, desde luego, la gente se suicida. Pero su sufrimiento es del orden de un dolor de muelas. Intolerable. Eso nada tiene que ver con el amor.

Es cierto que existe una primera etapa. No puedo soportar la idea de verter generaciones de niños franceses en el vientre del Moloch alemán. La propia sustancia está amenazada. Pero cuando la hayamos salvado, entonces se planteara el problema fundamental de nuestro tiempo. El problema del sentido del hombre, para el que nadie ha ofrecido una respuesta. Tengo la impresión de que se avecinan los tiempos más negros de la Humanidad.

Poco me importa morir en la guerra. De lo que he amado ¿qué es lo que quedará? Me refiero tanto a los seres como a las costumbres, a las inflexiones irremplazables como a cierta luz espiritual. Al almuerzo en la granja provenzal bajo los olivos; A Haendel. Las cosas que subsistirán me importan un bledo. Lo que vale es una determinada ordenación de las cosas. La civilización es un bien invisible, ya que influencia no en las cosas, sino en los invisibles lazos que unen unas a otras, pero no al contrario. Tendremos instrumentos perfectos de música distribuidos en serie, pero ¿dónde estará el músico? Nada me importa si muero en la guerra. O si sufro una de esas crisis de rabia de ese tipo de torpedos volantes que nada tienen que ver con el vuelo y que convierten al piloto, entre sus pulsadores y entre sus esferas, en una especie de jefe de contabilidad (también el vuelo representa un cierto orden de lazos). Pero si salgo vivo de «este *job* necesario e ingrato», sólo se me plantearé un problema: ¿qué se puede, qué se debe decir a los hombres?

Cada vez comprendo menos por qué le cuento todo esto. Sin duda por decírselo a alguien, ya que no es lo que tengo derecho a contar. Es necesario proteger la paz de los demás y no enredar los problemas. Por el momento está bien que nos convirtamos en jefes de contabilidad a bordo de nuestros aviones de guerra.

Mientras estoy escribiendo dos camaradas se han dormido ante mí, en mi habitación. Será preciso que me acueste también, pues supongo que la luz les molesta (¡eso sí que lo echo de menos, un rincón para mí solo!). A su manera, estos dos camaradas son maravillosos. Presenta algo recto, noble, limpio, fiel. Y no sé por qué siento, mientras les veo dormir, una especie de piedad impotente, ya que aunque ellos ignoren su propia inquietud, yo la siento con toda claridad. Rectos, nobles, limpios, fieles, sí, pero también terriblemente pobres. Tendrán tanta necesidad de un dios… Perdónenme si esta desastrosa lámpara eléctrica que voy a apagar, les ha impedido también dormir, y crean siempre en mi amistad.

DEFENSA DE LA PAZ

«*Defensa de la paz*».

Véase «New York Times» del 22 de abril de 1945.

Llamamiento de Saint-Exupéry a los americanos, expresando su esperanza de una paz perdurable.

Charles Boyer, actor de cine y patriota francés, lanzó ayer un llamamiento, a través de la red de «Columbia Broadcasting System», a la amistad franco americana. Leyó parte de un ensayo que su compatriota, Antoine de Saint-Exupéry, aviador y novelista francés, había escrito poco antes de iniciar un vuelo, en esta guerra, del que no regresaría jamás.

La parte que el señor Boyer leyó dice:

«Amigas americanos: Desearía haceros absoluta justicia. Tal vez un día surjan diferencias más o menos graves entre nosotros. Todas las naciones son egoístas y todas consideran que su egoísmo es sagrado. Tal vez la conciencia de vuestro poder material os induzca un día a obtener ventajas de él, lo que a nosotros habrá de parecemos injusto. Puede que un día se alcen entre nosotros argumentos más o menos graves. Si la guerra la ganan siempre los creyentes, los tratados de paz los dictan a veces los hombres de negocios.

»Pero aún si un día en el fondo de mi corazón nacen reprochas contra las decisiones de esos hombres esos reproches nunca me harán olvidar la nobleza de los fines que animan a vuestro pueblo en esta guerra. Siempre rendiré el mismo tributo a la calidad de vuestros más profundos sentimientos.

»Oíd, amigos míos americanos, me parece que algo nuevo está formándose en nuestro planeta, indudablemente el progreso material de los tiempos modernos ha unido a la Humanidad por una especie de sistema nervioso. Los contactos son incontables, las comunicaciones instantáneas.

Estamos unidos materialmente como las células de un mismo cuerpo. Pero este cuerpo todavía no posee alma. Este organismo todavía no tiene conciencia de sí mismo. La mano todavía no se considera parte de él, como los ojos.

»*Vuestros jóvenes están muriendo en una guerra que por primera vez en la Historia, es para ellos, a despecho de todos sus honores, una experiencia confusa de amor. ¡No tos traicionéis! ¡Dejad que, cuando llegue el día, sean ellos los que dicten su paz! ¡Y ojalá que esa paz sea fiel reflejo de ellos mismos! Esta guerra es noble. Dejad que su fe progresiva ennoblezca también la paz*».

PREFACIOS

«Prefacios»:

— a «Grandeur et Servitude de l’aviation», de Maurice Bourdet (Corrêa. 1933).

— a «Vent se lève» (Listen! The Wind), de Anne Morrow-Lindbergh (Corrêa, 1939).

— a «Document», del 1 de agosto de 1939, dedicado a los pilotos de pruebas.

* * *

GRANDEUR ET SERVITUDE DE L’AVIATION

Hacia las dos de la madrugada, en avión, cuando el correo de Dakar sobrevuela Casablanca, el capó sombrío del motor se sitúa entre estrellas cuyo nombre ignoro, un poco a la derecha del cuerno de la Osa Mayor, A medida que ascienden se cambia de estrellas para no tener que levantar la vista. Se cambia de ideas. Y poco a poco, la noche, al igual que hace una gran limpieza del mundo visible y no deja subsistir más que estrellas que dominan una arena negra, hace también una gran limpieza en el corazón. Desaparecen todas las preocupaciones sin importancia que se creían primordiales, las cóleras, los deseos turbios, las envidias y tan sólo emergen las preocupaciones graves. Entonces, descendiendo hora tras hora por esta escalera de estrellas hacia el alba, se siente uno puro.

Grandeza y servidumbre del oficio de piloto… Maurice Bourdet trata, con todo su talento y todo su corazón, de darlas a conocer en este libro. Yo quisiera, sencillamente, decir unas palabras sobre lo que considero esencial.

Sí, es verdad, existe la grandeza del oficio: la inmensa alegría de la llegada una vez superada la tempestad, el dirigirse a Santiago o a Alicante, resplandecientes de sol, la salida de las tinieblas y de la tormenta, ese sentimiento poderoso de quien sabe que ha recuperado su puesto en la vida, en el jardín milagroso donde se encuentran los árboles. Las mujeres y los pequeños cafés de puerto. Reduciendo la velocidad, inclinado hacia el punto de la escala, dejando tras él los macizos sombríos de los que ya se libra ¿qué piloto de línea no habrá cantado de gozo?

Sí, es verdad, existen las penalidades del oficio, pero tal vez hagan amarlo también. Esos madrugones imprevistos, esa partida inmediata para el Senegal, esas renunciaciones… Y los accidentes en los pantanos y las marchas forzadas a través de la arena o de la nieve. Varado por la suerte en un planeta desconocido, el hombre necesita salir adelante, evadirse hacia el mundo viviente, fuera de ese círculo de montañas, de esa arena, de ese silencio. Sí, sobre todo del silencio. Si un correo no aterriza a la hora prevista, se le espera una hora, un día, dos días, pero el silencio que separa a un hombre de los que esperan, se ha hecho ya demasiado denso. Muchos camaradas, de los que nunca ha vuelto a saberse nada, se han hundido en la muerte como en las nieves.

¡Sí, miseria y grandeza… pero todavía hay algo más! Ese piloto instalado en la noche y que sobrevuela Casa, cuyo capó sombrío se balancea suavemente entre las estrellas, semejante a una batayola de navío, se encuentra sumergido en lo esencial.

Ese acontecimiento esencial, el paso de la noche al día, vuelve a adquirir toda su intimidad. Sorprende al día en su origen. Él ya sabía que hacia el Este el cielo empieza a blanquear mucho antes de que surja el sol, pero sólo en vuelo descubre esa fuente de luz. Aunque hubiese presenciado mil veces el alba, sabría que el cielo se ilumina, pero no que la luz surge como de una fuente, extendiéndose. Él no conocía ese pozo artesiano del día. El día, la noche, la montaña, el mar, la tempestad… En medio de divinidades elementales, guiado por una moral sencilla, el piloto de línea vuelve a adquirir la prudencia campesina.

El viejo médico de campaña que va al atardecer de granja en granja para avivar la luz de unos ojos, el jardinero que apresura en su jardín el nacimiento de las rosas, todos aquellos cuyo oficio une la vida y la muerte, sacan en claro la misma sabiduría. Ahí está también la nobleza del peligro. Existe gran diferencia con el riesgo de exhibición, con el gusto literario del peligro, de aquella divisa que en cierta época se pintaba sobre el avión y que, con doble

sentido, alababa a la Cortesana y a la Muerte. ¿Quién entre nosotros, camaradas, no ha sentido en esas actitudes fáciles que ha sido insultado de algún modo el valor auténtico y que se ha menospreciado a aquellos que hacen del peligro su pan de cada día y que luchan denodadamente por regresar?

¿Lo esencial? Tal vez no lo constituyan las profundas satisfacciones del oficio ni sus vicisitudes, como tampoco el peligro, sino el punto de vista que todos ellos profesan. Cuando como ahora, reducida la velocidad, amodorrado el motor, el piloto se desliza hacia su punto de destino y contempla la ciudad recipiente de las miserias del hombre, sus preocupaciones pecuniarias, sus bajezas, sus envidias, sus rencores, se siente puro y fuera de su alcance. Si la noche ha sido mala goza sencillamente de la alegría de vivir. No es el forzado que después de tu trabajo va a encerrarse en su barrio, sino el príncipe que regresa a paso lento a sus jardines. Florestas verdes, ríos azules, tejados de color rosa, esos son los tesoros que se le devuelven, y esa mujer todavía sumergida entre esas piedras, que va a nacer, que va a crecer para él, que va a ser amada por él…

* * *

PREFACIO AL LIBRO DE ANNE MORROW-LINDBERG *LE VENT SE LEVE*

Este libro me ha recordado las reflexiones de un amigo acerca del admirable reportaje de un periodista americano. «Ese periodista —me decía—, ha tenido el buen gusto de anotar, sin comentarios ni novelerías, las anécdotas de guerra recogidas de boca de comandantes de submarino. Incluso se ha limitado con frecuencia a reproducir las notas lacónicas de los diarios de navegación. ¡Qué acertado ha estado al atrincherarse tras esa materia dejando dormir en él al escritor, ya que esos testimonios lacónicos, esos documentos escuetos, desprenden una poesía y un patetismo extraordinarios! ¿Por qué el hombre es tan estúpido que desea siempre embellecer la realidad, cuando ella es en sí tan hermosa? Si un día esos mismos marinos escriben, tal vez se esforzarán en obtener novelas malas o poemas estériles, ignorando los tesoros que tenían en sus manos…».

Pero yo no estoy de acuerdo con él. Esos marinos escribirán tal vez poemas estériles, pero era porque esos mismos hombres habrán escrito diarios

de navegación sin interés. No existen testimonios, sino hombres que testimonian. No existe la aventura, sino los aventureros. No existe la lectura directa de la realidad. La realidad es un ladrón de ladrillos que puede adquirir infinidad de formas. Nada importa si ese periodista ha redactado su libro en un estilo telegráfico y sólo ha presentado hechos concretos; ha intervenido necesariamente entre la realidad y su expresión. Ha elegido los materiales (ya que no lo ha contado todo) y les ha impuesto un orden. Su propio orden. Y al imponer su orden a esas materias primas ha construido su edificio.

Lo que en los hechos concretos es una realidad también lo es con las palabras. Os entrego en desorden las palabras patio, baldosa, madera y resonar. Hacedme algo con ellas… Pero vosotros os negáis. Esas palabras no tienen la virtud de conmover. Pero Baudelaire, manejando ese material verbal, os demostrará que sabe construir una imagen grandiosa:

«La madera resonaba sobre las baldosas de los patios…».

Con las palabras patio, madura o baldosa es posible conmover un corazón al igual que con otoños y claros de luna. Y, por tanto, tampoco veo el motivo por que el autor no nos pueda interesar con presiones de inmersión, giroscopios y líneas de mira, al igual que con rememoranzas de amor. Pero en lo que me distingo de mi amigo es en que no veo porque no habría de enternecernos con rememoranzas de amor como con giroscopios, líneas de mira y presiones de inmersión. Es verdad que he ojeado muchas bobadas sentimentales. Pero también he leído infinidad de narraciones con las que se pretendía en vano conmoverme, contándome el descenso de una aguja. Aun cuando a la vida del héroe estuviese evidentemente ligada la suerte de una esposa, no despertaba en mí la menor vibración emocional si el autor no tenía genio Los hechos concretos no contienen nada en sí. La muerte del héroe es muy triste si deja una viuda desolada, pero no es suficiente para conmovemos todavía más con inventar un héroe bígamo.

Es evidente que el gran problema reside en las relaciones entre lo real y lo escrito, o mejor aún, entre lo real y el pensamiento. ¿Cómo transcribir la emoción? ¿Qué transmitimos al expresamos? ¿Qué es lo esencial? A mí me parece que lo esencial es tan distinto de los materiales utilizados como la nave de una catedral difiere del montón de piedras base de su construcción. Lo que se puede captar, traducir y transmitir del mundo exterior o del interior, son las relaciones. Las «estructuras» como dirían los físicos. Consideremos la imagen poética. Su valor está situado en otro plano que el de las palabras empleadas. No reside en ninguno de los dos elementos que se asocian o comparan, sino en el tipo de enlace especificado por ella, en la actitud interna particular que

una estructura determinada nos impone. La lectura es un acto que, de manera inconsciente, ata al lector. No se trata de interesar al lector, sino de hechizarle.

Esa es la razón por la que el libro de Anne Lindbergh me ha parecido muy distinto de la honesta reseña de una aventura aérea. Ésa es la razón de que sea un libro hermoso. Sin duda tan sólo recurre a observaciones concretas, a reflexiones técnicas, a una materia prima de origen profesional. Sin embargo no se trata únicamente sólo de eso. ¿Qué me hubiese importado saber si aquel despegue fue difícil, si esa espera fue larga, si Anne Lindbergh se aburrió o gozó durante su viaje? Todo eso es arcilla, pero ¿qué ha obtenido de ella? ¿Es que una obra de arte puede construirse como un cepo? La captura es algo esencialmente distinto del cepo. Ved al constructor de catedrales: ha utilizado piedras y ha hecho el silencio.

Un libro de verdad es semejante a una red cuyas mallas están formadas de palabras. Poco importa la naturaleza de las mallas de la red. Lo que importa es la presa viva que el pescador ha izado desde el fondo de los mares, esos destellos de plata brillante que se ven relucir catre las mallas. ¿Qué ha sacado Anne Lindbergh de su universo interior? ¿Qué sabor tiene ese libro?

Es difícil definirlo pues, para que así ocurra, es necesario escribir un libro y hablar de muchas cosas. Y, sin embargo, siento, esparcida o través de esas páginas, una angustia muy suave que adoptara diversas formas, pero que circulará incansable cual sangre silenciosa.

He creído observar que siempre que una obra presentaba una coherencia profunda, podía reducirle por lo general a una medida elemental común. Recuerdo un film cuyo heroísmo era ante todo su pesadez, aun cuando su mismo director lo ignorase. Todo pesaba en él. El atavismo pesaba sobre un emperador degenerado, las densas pieles invernales pesaban sobre los hombros, abrumadoras responsabilidades pesaban sobre el primer ministro. Las mismas puertas, que se abrían y cerraban a lo largo del film, eran pesadas. Y en la última imagen se veía al vencedor, agobiado por una pesada victoria, subir lentamente una escalinata sombría en busca de la luz. Es evidente que esta medida común no había sido adoptada de manera consciente. El autor ni siquiera había pensado en ella. Pero el hecho de poderla vislumbrar era la marca de una continuidad subterránea.

Recuerdo también el sentido, aunque no el texto de una extraña observación de Flaubert sobre su propia *Madame Bovary*; «¿Ese libro? He tratado ante todo de expresar el color amarillo especial de esos rincones de los muros donde a veces anidan las cucarachas».

Lo que Anne Lindbergh ha expresado, reduciéndolo a una fórmula elemental, es la mala conciencia que produce el placer de la demora. ¡Cuán difícil resulta avanzar siguiendo el ritmo interior, cuando se ha de luchar contra la inercia del mundo material! Todo parece estar dispuesto a detenerse en cualquier momento. Es preciso mantenerse constantemente en vigilia para salvar la vida y el movimiento en un universo que casi siempre está al pairo…

Lindbergh pilota una pequeña barca en la bahía de Porto-Praia para examinar las condiciones del agua. Desde lo alto de una colina Ana observa como su marido se agota tal cual un insecto minúsculo preso en una materia viscosa. Cada vez que durante su paseo vuelve la mirada hacia el mar, le parecerá que su marido no ha avanzado ni un ápice. El insecto agita en vano sus élitros. ¡Qué difícil resulta atravesar una bahía! Bastaría con disminuir apenas la marcha para no poder desprenderse jamás…

Desde hace días se encuentran ambos prisioneros de una isla, allí donde el tiempo ya no tiene significado, donde el tiempo no avanza. Allí donde los hombres viven o mueren en el mismo lugar, no habiendo alimentado jamás en su cerebro sino una pequeña idea, siempre la misma, que un buen día se detuvo.

(«Aquí, el jefe soy yo…» les farfullará cien veces su anfitrión con la indiferencia de un eco lejano). Es necesario poner de nuevo en marcha al tiempo. Es preciso volver al continente, entrar de nuevo en la corriente, donde uno se gasta, donde uno cambia, donde uno vive. Anne Lindbergb tiene miedo, no de la muerte sino de la eternidad.

¡Y está tan cerca de la eternidad! Hace falta tan poco para no llegar jamás a atravesar una bahía, para no evadirse jamás de una isla, para no despegar jamás de Bathurst. Están los dos, Lindberg y ella, un poco retrasados… Tan poco… Apenas… Pero bastaría con demorarse una pizca, y nadie en el mundo les esperaría más.

Hemos conocido a esa niña que corre menos de prisa que las demás. Las otras juegas más lejos. «¡Esperadme! ¡Esperadme!». Pero está algo retrasada, se van a cansar de esperarla, la dejarán atrás, la olvidarán sola en el mundo. ¿Cómo tranquilizarla? Esa forma de angustia es incurable. Ya que si ahora toma parte en el juego y tienen que partir y se retrasa en la partida ¡sus amigos se van a cansar de ella! Ya empiezan a murmurar entre sí, ya la miran de reojo… ¡Van a volver a dejarla sola en el mundo!

Y esa inquietud íntima es una revelación extraordinaria por parte de esa pareja a quien todas las multitudes han aplaudido: un telegrama de Bathurst les informa que desean verlos y allí aparecen infinitamente reconocidos. Más

tarde no pueden despegar de Bathurst y están avergonzados de imponer su presencia. No se trata de una falsa modestia, sino del sentimiento de un peligro mortal: un pequeño retraso y todo se ha perdido. Angustia fértil. Es ese remordimiento interior, que jamás llegará a curarse, el que les obliga a ponerse en marcha dos horas antes de amanecer, a adelantarse a los propios precursores y a franquear los océanos que todavía detienen a otros hombres.

¡Qué lejos de esas narraciones que encadenan los acontecimientos con la arbitrariedad de historias cinegéticas! Anne Lindbergh, en su libro, se apoya en secreto en algo tan intangible, tan elemental y tan universal como un mito. A través de las reflexiones técnicas y de las observaciones concretas hace sentir de manera perfecta el propio problema de la condición del hombre. No escribe sobre el avión sino por el avión. Ese material de imágenes profesionales le sirve de vehículo para hacer llegar hasta nosotros, algo discreto pero esencial.

Lindbergh no ha despegado de Bathurst. El avión lleva un exceso de sobrecarga. Sin embargo, a este piloto le bastaría, para elevar su aparato, un golpe de viento del mar, pero ese viento no llega. Y los viajeros una vez más luchan en vano contra aquella masa viscosa. Entonces se deciden a realizar sacrificios. Sacan del avión los víveres, los accesorios, los recambios menos esenciales. Intentan nuevos despegues que vuelven a fracasar y cada vez deciden nuevos sacrificios. Y poco a poco en el suelo de su habitación van amontonándose objetos preciosos que le han sido quitados, uno a uno, añadiendo los gramos a los gramos, con inmensa nostalgia…

Anne Lindbergh ha revelado, con autenticidad sobrecogedora, ese pequeño desgarramiento profesional. Y, ciertamente, no se ha equivocado respecto al patetismo del avión, que no se encuentra en las nubes doradas del atardecer. Todo eso de las nubes doradas es pura pacotilla. Pero puede residir en el uso del destornillador, cuando se prepara sobre la tabla de bordo, entre la bella disposición de las esferas, un hueco negro de diente roto. Aun así no hay que equivocarse. Si el autor ha sabido hacernos sentir esa melancolía, tanto al profano como al piloto de oficio, es porque a través de ese patetismo profesional ha alcanzado un patetismo más general. Ha encontrado el viejo mito del sacrificio que libera. Ya conocemos esos árboles que es necesario podar para que den frutos, ya conocemos a esos hombres que, en la prisión de su monasterio, descubren la amplitud espiritual y, de renunciación en renunciación, alcanzan la plenitud.

Pero también es necesaria la ayuda de los dioses. Arme Lindbergh encuentra de nuevo la fatalidad. No basta la poda del corazón del hombre para

salvarlo; es preciso que sea tocado por la gracia. No basta con podar un árbol para que florezca, es necesaria la influencia de la primavera. No basta con aligerar de su carga a un avión para que despegue, se necesita que el viento marino sea favorable.

Anne Lindbergh, sin esforzarse, ha dado nueva vida a Ifigenia. Escribe a un nivel suficientemente elevado para que su lucha contra el tiempo adquiera el significado de una lucha contra la muerte, para que la ausencia de vientos propicios en Bathurst, nos plantee, en sordina, el problema del destino; y para que ella haga sentir que el hidroavión, una máquina aparatosa y pesada en el agua, cambia de sustancia y se convierte en un pura sangre nervioso, al ser tocado por la gracia del viento marino.

* * *

PREFACIO AL NÚMERO DE LA REVISTA *DOCUMENT* DEDICADO A LOS PILOTOS DE PRUEBAS

Jean-Marie Conty es va a hablar de los pilotos de pruebas. Conty es politécnico y cree en las ecuaciones. Tiene razón. Las ecuaciones envasan la experiencia en botellas. Pero a fin de cuentas, en la práctica, no suele ocurrir que la máquina nazca del análisis matemático como el polluelo sale del huevo. El análisis matemático precede a veces a la experiencia, pero a menudo se limita a registrarla, lo que por otra parte ya es, en sí, una función esencial. Medidas rudimentarias demuestran que las variaciones de un fenómeno determinado están perfectamente calculadas por una serie de hipérbolas. A sí, pues, el teórico codifica esas medidas experimentales mediante la ecuación de la hipérbola. Pero demuestra también, con los esfuerzos piadosos de los análisis, que no podía ser de otra manera. Cuando medidas más exactas le hayan permitido afinar su cuna, que ahora ya se parece mucho más a una curva de cualquier otra fórmula, registrará el fenómeno con mayor exactitud mediante esa nueva ecuación. Pero seguirá demostrando, con esfuerzos no menos piadosos, que era previsible por toda la eternidad.

El teórico cree en la lógica. Cree también sentir desprecio hacia el ensueño, la intuición y la poesía. Y no ve que esas tres hadas se han disfrazado para seducirle como a un enamorado de quince años. No sabe que les debe sus hallazgos más bellos. Se presentaron bajo el nombre de

«hipótesis de trabajo», de «condiciones arbitrarias», de «analogías», ¿Cómo podía suponer él, el teórico, que estaba engañando a la lógica austera y que al escucharlas oía cantar a las musas?

Jean-Marie Conty os contará la hermosa existencia de los pilotos de pruebas. Pero ha sido alumno de la Escuela Politécnica. Y os afirmará que pronto, el piloto de pruebas no será otra cosa para el ingeniero, que un instrumento de mediación. Y, ciertamente, yo lo considero igual que él. Y creo también que día vendrá en que sufriremos sin saber por qué, nos confiaremos a físicos que, sin interrogamos siquiera, nos sacarán una jeringa de sangre y obtendrán algunas constantes que se multiplicará unas por otras. Y después, habiendo consultado una tabla de logaritmos, nos curarán con una píldora. Y sin embargo, cuando yo sufra, me dirigiré en un primer momento a cierto viejo médico rural que me observará por el rabillo del ojo, me dará golpecitos en el vientre, colocará entre mis hombros un viejo pañuelo a través del cual escuchará… después toserá un poco y encendiendo su pipa se frotará la barbilla y me sonreirá para curarme mejor.

Creo todavía en Coupet, Lasne o Détroyat, para quienes el avión no es tan sólo una colección de parámetros, sino un organismo que debe auscultarse. Aterrizan. Dan una vuelta discreta alrededor del aparato. Con la punta de los dedos rozan el fuselaje, dan golpecitos en el ala. No calculan, meditan. Después se vuelven hacia el ingeniero y con toda sencillez dicen:

—Me parece que es necesario acortar el plano fijo. Desde luego, admiro la Ciencia. Pero también admiro la Sabiduría.



ANTOINE MARIE JEAN-BAPTISTE ROGER DE SAINT-EXUPÉRY (Lyon, 29 de junio de 1900 – Mar Mediterráneo, cerca de la costa de Marsella, 31 de julio de 1944) novelista y aviador francés; sus experiencias como piloto fueron a menudo su fuente de inspiración. Tercero de los cinco hijos de una familia de la aristocracia su padre tenía el título de vizconde, vivió una infancia feliz en las propiedades familiares, aunque perdió a su progenitor a la edad de cuatro años. Estuvo muy ligado a su madre, cuya sensibilidad y cultura lo marcaron profundamente, y con la que mantuvo una voluminosa correspondencia durante toda su vida.

Su interés por la mecánica y la aviación se remonta a la infancia: recibió el bautismo del aire en 1912 y esta pasión no lo abandonó nunca. Después de seguir estudios clásicos en establecimientos católicos, preparó en París el concurso de entrada en la Escuela naval, pero no logró su objetivo y se inscribió en Bellas Artes. Pudo aprender el oficio de piloto durante su servicio militar en la aviación, pero la familia de su novia se opuso a que se incorporara al ejército del aire, por lo que se resignó a ejercer diversos oficios, al tiempo que frecuentaba los medios literarios.

El año 1926 marcó un giro decisivo en su vida, con la publicación de la novela breve *El aviador*, en *Le Navire d'argent* de J. Prévost, y con un contrato como piloto de línea para una sociedad de aviación. A partir de

entonces, a cada escala del piloto correspondió una etapa de su producción literaria, alimentada con la experiencia. Mientras se desempeñaba como jefe de estación aérea en el Sahara español, escribió su primera novela, *Correo del Sur* (1928).

La escala siguiente fue Buenos Aires, al ser nombrado director de la Aeroposta Argentina, filial de la Aéropostale, donde tuvo la misión de organizar la red de América Latina. Tal es el marco de su segunda novela, Vuelo nocturno. En 1931, la bancarrota de la Aéropostale puso término a la era de los pioneros, pero Saint-Exupéry no dejó de volar como piloto de prueba y efectuó varios intentos de récords, muchos de los cuales se saldaron con graves accidentes: en el desierto egipcio en 1935, y en Guatemala en 1938.

En los años treinta multiplicó sus actividades: cuadernos de invención, adaptaciones cinematográficas de *Correo del Sur* en 1937 y de *Vuelo nocturno* en 1939, numerosos viajes (a Moscú, a la España en guerra), reportajes y artículos para diversas revistas. Durante su convalecencia en Nueva York, después del accidente de Guatemala, reunió por consejo de A. Gide los textos en su mayor parte artículos ya publicados que se convirtieron en *Tierra de hombres* (1939).

Durante la Segunda Guerra Mundial luchó con la aviación francesa en misiones peligrosas, en especial sobre Arras, en mayo de 1940. Con la caída de Francia marchó a Nueva York, donde contó esta experiencia en *Piloto de guerra* (1942). En Estados Unidos se mantuvo al margen de los compromisos partidistas, lo que le atrajo la hostilidad de los gaullistas. Su meditación se elevaba por encima de la historia inmediata: sin desconocer las amenazas que la época hacía pesar sobre el «respeto del hombre», como lo relata en Carta a un rehén (1943), optó por la parábola con *El principito* (1943), una fábula infantil de contenido lirismo e ilustrada por él mismo, que le dio fama mundial.

A partir de 1943, pidió incorporarse a las fuerzas francesas en África del Norte y retomó las misiones desde Cerdeña y Córcega. En el transcurso de una de ellas, el 31 de julio de 1944, su avión desapareció en el Mediterráneo. Los cientos de páginas de La ciudadela, suma alegórica que permaneció inacabada, fueron publicadas póstumamente en 1948. La prosa de Saint-Éxupery impresiona por un rigor en el que la desnudez retórica asegura la eficacia del relato de acción. Cercano a A. Malraux por su conciencia de la aventura humana, a J. Giono por su lirismo cósmico, a G. Bernanos por su

búsqueda del absoluto, Saint-Exupéry mostró siempre que el hombre no es más que lo que hace.

Notas

[1] Carta a un rehén. <<